


A close-up photograph of a butterfly with yellow and black wings feeding on a pink thistle flower. The butterfly is positioned on the left side of the frame, with its wings spread. The thistle flower is on the right, and the background is a soft, out-of-focus green. The text is overlaid on the image.

El tesoro
ESCONDIDO
del Sufrimiento

M. Basilea Schlink

A butterfly with yellow and black wings is perched on a green thistle flower. The background is a soft-focus green field of similar flowers.

“El Reino de Dios es como un tesoro escondido en un terreno. Un hombre encuentra el tesoro, y lo vuelve a esconder allí mismo; lleno de alegría, va y vende todo lo que tiene, y compra ese terreno”.

Mateo 13:44

En este libro, M. Basilea Schlink te muestra las bendiciones escondidas que puedes hallar en tus sufrimientos. Quizás no le encuentras sentido ni razón a los sufrimientos que estas pasando en tu vida.

La autora a la luz de la Palabra de Dios y apoyada en su propia experiencia te ayuda y anima a mirar con otros ojos los momentos de dolor. Y a encontrar fortaleza para vencer, incluso en medio del sufrimiento y la necesidad.

M. Basilea nos ayuda a conocer el amor del Padre Celestial quien nos ha prometido que nuestra aflicción no será más grande de lo que podamos soportar.

*El Tesoro Escondido
Del Sufrimiento*

por Basilea Schlink

Hermandad Evangélica de María
Darmstadt-Eberstadt, Alemania

EL TESORO ESCONDIDO DEL SUFRIMIENTO

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.,
Darmstadt, Alemania, 2022

Todos los derechos reservados.

Título original en alemán:

Zum Gewinn ward mir das Leid

Primera edición alemana 1983

Primera edición en español 1988, Clie, España

2. - 15 edición en español AMS, Colombia

Versión como PDF en español 2022

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

Todas las citas de las Sagradas Escrituras en esta publicación son de la Biblia “Dios habla hoy”, 1983

Índice

1. Preocupaciones.....	5
2. Relaciones difíciles.....	10
3. Temor.....	14
4. Enfermedad.....	20
5. Cansancio.....	25
6. Soledad.....	29
7. Conflictos internos.....	33
8. Problemas de personalidad.....	40
9. Oraciones no respondidas.....	48
10. Torpeza.....	54
11. Vejez.....	59
12. Necesidad y escasez.....	64
13. Temor a la muerte.....	70
14. Trato injusto.....	75
15. Soportando el odio y la calumnia.....	80
Apéndice	

*El sufrimiento
es como un campo
que contiene un tesoro escondido,
porque en el sufrimiento
hay verdadero gozo, bendición
y vida divina escondidos,
esperando ser descubiertos
por nosotros.*

1

PREOCUPACIONES

¿Te persiguen las preocupaciones a toda hora? ¿estás atravesando por dificultades? ¿Situaciones delicadas? ¿No ves una solución a tus problemas? ¿Cómo quitar la montaña de preocupaciones? ¿El peso del trabajo te está deprimiendo y temes no poder arreglártelas, por la falta de tiempo y fuerzas? ¿Atraviesas estrechez financiera? ¿Estás preocupado por tus hijos, por los problemas que están afrontando en su crecimiento y las dificultades para recibir una educación adecuada? Éstas y mil preocupaciones más podrían estar oprimiéndote.

Aun cuando nuestras preocupaciones son comprensibles, debemos pedir al Señor que nos muestre si la causa somos, o no, nosotros mismos. Algunas personas se pierden en medio de sus ansiedades, cuando sus deseos y demandas no se cumplen. Consideran que estos deseos son esenciales, cuando en realidad no lo son. Algunos se sienten muy frustrados cuando no logran conseguir cierta posición en su empleo o en otras áreas de la vida por las que se han esforzado tanto.

Una pregunta puede ayudarnos: ¿Es la voluntad de Dios que me sienta inquieto por este asunto? O, ¿me estoy preocupando porque quiero algo que no debería tener y que no me beneficiaría? Con qué facilidad se pueden resolver los problemas de esta naturaleza, si

sometemos nuestra voluntad a Dios. Lo que Dios no me dé no lo quiero tener, porque por el hecho de que Él es Amor, siempre me guiará por los mejores caminos. Si Dios tuviera un camino mejor para mí, me habría llevado por él.

No obstante, existen preocupaciones de otra índole que son verdaderamente comprensibles, especialmente cuando se trata de personas cuyo cuidado se nos ha confiado. Por experiencia propia, sé cuán pesada puede ser esa carga. En cuanto a esto también el Señor me ha mostrado que la solución radica en estar seguros de que todas las dificultades y problemas que nos acosan no escapan a Sus propósitos eternos. Como un Padre amoroso que ha planeado todos los detalles de nuestras vidas, Él ha permitido que surjan esas dificultades, pero al mismo tiempo también ha provisto la solución, porque un verdadero padre nunca deja a su hijo sin ayuda.

Tan pronto como puse mi confianza en Su cuidado amoroso, pude dar gracias y decir: Tú tienes la solución. Si te pido que me la muestres, sé que Tú la pondrás en mi corazón y en mi mente. Por ejemplo, en conversaciones para tomar decisiones en nuestro ministerio si no encontramos una solución posible, hago de vez en cuando una pausa y pido al Padre celestial que nos ayude, dándole gracias al mismo tiempo, diciéndole: “Tú ya tienes la solución a estos problemas y nos mostrarás el próximo paso para resolverlos.” Y luego, a menudo y en seguida, se encontraba una solución.

Por eso, cuando enfrento una dificultad, empiezo a alabar a nuestro Padre Celestial, por ser Quién es: un Padre que nos ama y sabe lo que necesitamos, y Le digo o canto versos:

*Sí, confío en Ti, Padre,
yo confío firmemente:
Tienes Tú la solución.*

*Sí, confío en Ti, Padre,
yo confío firmemente:
Tú de todo cuidarás.*

*Sí, confío en Ti, Padre,
yo confío firmemente:
el camino mostrarás.*

*Sí, confío en Ti, Padre,
yo confío firmemente:
la ayuda, sí, vendrá.*

Según expresaba mi confianza en Dios, un cambio se producía en mí. Al alabar y dar gracias a mi Padre Celestial, yo tenía la seguridad de que la ayuda vendría, y...siempre llegaba.

Que esto te anime cuando te veas confrontado por tus diversas responsabilidades. Quizás ahora mismo no sabes cómo deberías actuar en una situación, de cómo aconsejar a tus hijos, o cómo resolver un problema complejo. Entonces, ¿por qué no tratas de expresar tu confianza en Dios? Descubrirás como montañas, incluso “montañas de preocupaciones”, se derriten como la cera ante el Señor (Salmo 97.5).

Dios es el Todopoderoso. Una sola palabra Suya puede cambiar personas y circunstancias. Puede cambiarlo todo. Nada es difícil para Él, y Él hará todo lo que esté en Su Poder para ayudarnos, porque nos ama y somos Sus hijos, en Jesucristo,. A menudo se trata sólo de tener un poco de paciencia y esperar, pero lo que es cierto es que Él nunca llegará tarde con Su ayuda.

Cuando se amontonan preocupaciones, el factor decisivo es que voy a Dios, mi Padre, como lo haría un niño. Refiriéndose al Padre, el Señor Jesús dijo: “¿Hay entre ustedes algún padre que da a su hijo una piedra cuando le pide pan?” (Mateo 7.9).

Hace muchos años, el Señor me dio este versículo bíblico para nuestra comunidad en una situación muy difícil. Durante semanas cantamos este versículo después de almorzar. “¿Qué padre entre ustedes, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¡Ninguno!, ¡si es que es verdaderamente un padre! Siempre contaba con que el Padre Celestial enviaría la ayuda prometida. Y realmente lo hacía, aunque todo parecía completamente imposible. Como un milagro ante nuestros ojos, la montaña de preocupaciones se desmoronaba.

Cuando las preocupaciones amenazan con hundirnos, necesitamos “tomarle Su Palabra” a Dios, contar con eso y recordarle siempre Su promesa de ayuda. “Esto es lo que Tú prometiste, y Tú harás lo que dices porque eres fiel. Por fe aguardo el momento en que veré mis problemas

resueltos y todas mis preocupaciones desvanecidas. Nada es imposible para Ti, incluso en situaciones humanamente imposibles.”

Dios siempre tiene una vía. Él puede ayudarnos en cada situación, y hará que se cumpla esta promesa de Su Palabra: “Dejen todas sus preocupaciones a Dios, porque Él se interesa por ustedes” (1 Pedro 5.7). Sí, Él se ocupa de nosotros, en cada situación.

Por eso me gustaría animarte a confiar en el Padre. Cambia la dirección de tus pensamientos. No te enfoques en las dificultades, imposibilidades, problemas o personas. En lugar de eso, fija tus pensamientos en tu Padre Celestial, en Quién es Él y porque te ama, se ha comprometido a ayudarte y a darte la solución.

Vuélvete a Dios, tu Padre, y comienza a agradecerle que, como hijo suyo, puedes venir a Él con todas tus preocupaciones. Y así, cuando estés en medio de problemas y dificultades podrás decir:

*¡Como te lo agradezco, Padre mío!
Tu ayuda vendrá con seguridad.
No me abandonarás, sino que proveerás
la solución a mis problemas.
¡Qué privilegio ser un hijo tuyo,
a quien amas y a quien vas a ayudar
en el momento más oportuno!*

2

RELACIONES DIFÍCILES

Tú necesitas ayuda. La vida te ha llegado a ser insoportable a causa de relaciones difíciles con otras personas. Quizás es tu cónyuge, tus hijos, compañeros de trabajo o vecinos. No puedes ver ninguna solución o salida. Pero, para este sufrimiento, Dios tiene una “medicina espiritual” que te traerá ayuda y sanidad. Lo he experimentado por mí misma.

Durante un tiempo tuve que vivir con una persona conocida como “histérica”. Por causa de su egoísmo, envidia, posesividad y rebeldía esta mujer vivía infeliz y afligida, no era capaz de ver nada de forma objetiva y desde una perspectiva correcta. Lo torcía todo. Las acusaciones y los ataques de rabia estaban a la orden del día. Yo, apenas podía soportarlo por más tiempo. Empecé a sentir amargura y estuve tentada de rendirme. Perdimos toda forma de comunicación y se abrió una brecha, que parecía imposible de restaurar. Todos opinaban que nada podría sanar esta relación. Pero entonces, milagrosamente, algo sucedió:

Afligida clamé al Señor que me ayudara. Y, de repente, fue como si el dedo de Dios me apuntara a mí y no a la otra persona:

“Eres tú la que tiene que cambiar. Crees que la culpa es sólo de la otra persona. ¿Acaso no puede ser, también, tu culpa? Uno de los mandamientos más importantes dice que debes amar a tu prójimo como a ti mismo. ¿Dónde

está tu amor por ella, que es tu prójimo? El amor no toma en cuenta el mal recibido. Y, en ti, no he visto un amor que perdone, aunque vives de Mi amor que perdona tus fallas y pecados. Empieza ahora mismo a orar, pidiendo la gracia del arrepentimiento, por este gran pecado de amargura y falta de perdón.”

Desde ese día en adelante oré pidiendo un profundo arrepentimiento. Durante semanas y meses separé 20 minutos cada mañana para hacer esta oración.

Luego llegó otro de aquellos días de prueba. Todavía puedo recordar el lugar en que estábamos, cuando nuevamente toda la ira de esta persona, recayó sobre mí. Y, para mi asombro, me di cuenta de que yo reaccionaba de un modo diferente. En vez de cerrar mi corazón defendiéndome, pude sentir un amor compasivo y la misericordia fluyendo de mi corazón. Tomé a aquella persona en mis brazos y le di un beso, de tal forma que se detuvo y me miró llena de asombro. Desde ese día, las cosas cambiaron.

En Su misericordia, el Señor había comenzado a obrar en mí, con la gracia del arrepentimiento. Esto me acercó a mi Señor Jesús como nunca antes, como una pobre pecadora, que necesitaba de Su gracia. Él hizo algo nuevo en mi corazón, dándome un amor misericordioso para aquella persona que me hizo la vida tan difícil.

Se había producido un cambio, como en un escenario giratorio. Ya no era “la otra persona

quien tenía la culpa”, sino yo, quien había fallado. Así pude y tuve que pedirle perdón, y esto abrió su corazón. Con el tiempo nuestra relación mejoró y, ella misma, cambió mucho.

No hay nada como el principio del “escenario giratorio”, para transformar relaciones. No sólo veo lo que la otra persona hace y el modo en que se comporta conmigo; sino que, de repente, el escenario gira y puedo ver mi propia falta – veo que yo soy la culpable.

Cuando clames al Señor, en medio de tu aflicción, experimentarás lo mismo; porque Él es el mismo Dios y Padre. Si seguimos pidiendo por un corazón arrepentido, Dios escuchará nuestra oración y nos lo dará. Esto nos lleva más cerca de Jesús porque nada nos une más con Él que acercarnos a Su cruz, como pecadores penitentes. Allí recibimos Su perdón, y Su sangre derramada también nos limpia y ablanda nuestro corazón.

Esto llena de gozo el corazón de Dios y, Él luego derrama ese gozo en nosotros. Jesús, en Su amor, se acerca al alma que reconoce humildemente su pecado, delante de Dios y del prójimo. Nos llena de gozo y paz. Mientras que, cuando acusamos a los otros nos sentimos infelices, afligidos y sin paz.

Sólo podemos alabar a Dios por permitirnos llegar hasta el final de nuestros recursos, en nuestras relaciones con los demás y por darnos la luz que necesitamos para poder ver nuestras culpas y pecados. Así llegaremos a conocer Su compasión, Su amor y perdón infinitos. Por

medio de ese sufrimiento Dios quiere darnos Su más precioso don del amor.

Si Dios consigue llenar nuestro corazón de amor, de un amor misericordioso por nuestro prójimo, por aquél que “nos es una carga”, seremos las personas más felices; porque nada puede hacernos más felices que amar a los demás. Y, como almas amorosas, entraremos en Su Reino de amor y gloria, en el cielo.



3

TEMOR

Tienes temores. Estás atormentado, atrapado por el temor. El temor te lo estropea todo, – las bendiciones que has recibido y todas las demás cosas que podrías haber disfrutado. Quizás tengas visiones de calamidades que te acechan por todas partes, preparadas para descender sobre ti y tus seres queridos. También tienes miedo: miedo de enfermedades graves, o de entrar en bancarrota como resultado de la situación económica y de la creciente incertidumbre de nuestra existencia. Tienes miedo de que te roben, de actos de violencia y terrorismo, cosas que son de frecuente actualidad. Tienes miedo de los poderes demoníacos, de las maldiciones y de los hechizos con sus efectos terribles. Temes de las insurrecciones, de las peleas callejeras, del hambre; de la persecución contra los cristianos. Temes una guerra nuclear...

El mismo Jesús dice: “En el mundo, ustedes habrán de sufrir...” (Juan 16:33). Él profetizó que, en los tiempos finales, los cuales ya han comenzado, “la gente se desmayará de miedo” (Lucas 21:26). Sí, el temor puede costarnos nuestra salud. El temor puede ser fatal. Es un hecho probado que el temor y sobresalto son muchas veces una causa de muerte en los accidentes automovilísticos.

¿Cómo podemos vencer este sufrimiento, esta gran enfermedad del temor, especialmente si somos temerosos por naturaleza?

Permíteme que te comparta la forma en que una persona temerosa como yo pudo vencer al temor. Durante la Segunda Guerra Mundial yo estaba sirviendo en una sociedad misionera como conferencista, y mis viajes me llevaron por toda Alemania. A menudo experimenté incursiones aéreas, incluso bajo el fuego de aviones que volaban a muy poca altura. Y cuando mi corazón se llenaba de temor, decía una oración que me ayudaba muchísimo: “¡Es por Ti, Señor Jesús! ¡Es por Ti por quien estoy llevando a cabo este ministerio que me acarrea tantos peligros!” En la medida que me entregaba a la dirección de Dios, podía sentir muy cercana Su presencia y todo mi temor se desvanecía.

Después vino la crisis de Cuba de 1962. Había una gran agitación y una alarma general de que esa podría ser la chispa que incendiara de nuevo al mundo. Con temor, muchas personas vinieron a nosotras desde varios lugares, en busca de alguna garantía de seguridad. Todavía recuerdo el sentimiento de temor que bullía en mi interior también: “¿Qué sucederá si estalla otra guerra mundial? Será mucho más terrible que la anterior”. Esta vez yo tenía a otras personas en las que pensar, ya que era responsable de una gran familia de Hermanas. (¿No es cierto que nuestro temor por los tiempos difíciles que se aproximan, aumenta no tanto por nosotros mismos sino por aquellos

que amamos?) Sin embargo, mis temores fueron dispersados una vez más por el hecho de sentir la presencia de Jesús y la seguridad de que “Nada me puede pasar a mí (ni a mis seres queridos) fuera de lo que Dios ha escogido y lo que es bueno para mí” (palabras de un himno alemán).

La causa de nuestro temor es por haber excluido a Jesucristo de nuestra manera de pensar y de nuestra fe. Pero si permitimos que Jesús entre en aquellas situaciones imaginarias y que nos atemorizan, entonces, de una forma inmediata todo se tornará diferente. Ya no existirá esa terrible sensación de que es inevitable. Jesús destruirá nuestras ideas preconcebidas y el círculo de temor en el que estamos atrapados. Y así podremos descansar en la total seguridad de que Él está presente. Así como entonces se acercó a sus temerosos discípulos, se acercará también a nosotros diciendo: “¡Paz a ustedes!” (Juan 20:21). Con el sonido de estas majestuosas palabras, su paz inundará nuestro corazón y nos sentiremos confortados. Debemos creer que la aflicción y la desgracia que estábamos temiendo no nos dominará sino que el Señor gobernará —Él, que es tan diferente a nosotros y a nuestra forma de pensar. En la misma medida que lo creamos, experimentaremos su poder transformador.

Jesús viene a nosotros como una Luz para encender las tinieblas y como el Príncipe de Paz para darnos paz y para disipar nuestros temores.

Se acerca a nosotros como nuestro auxiliador y nos ayuda en nuestra aflicción. Si aquello que temíamos se hace realidad, Jesús está presente para ayudarnos, pues así es como actúa el amor. Él trata con nosotros de acuerdo con su poder sobrenatural. Cuando estamos en peligro y aflicción, Él nos dará la ayuda milagrosa de su cuidado protector, cuando ya nadie más pueda ayudarnos. En Su cercanía podremos experimentar la realidad del versículo del Salmo que dice: “Cuando me encuentro en peligro, tú me mantienes con vida; despliegas tu poder y me salvas de la furia de mis enemigos” (Salmo 138:7)

Nuestro temor se transformará en valentía si creemos que Jesús vendrá a nosotros cuando estemos en medio de nuestro temor. Esto fue lo que le pasó a los discípulos en el mar de Galilea cuando las olas amenazaban con devorarlos y gritaron de miedo. De repente, Jesús estaba con ellos diciendo: “¡Tengan valor; soy yo, no tengan miedo!” (Mateo 14:27). Es como un mandato: “No teman. No traten a mi amor con desdén cuando sientan miedo, cuando están afligidos”. Jesús también nos dice: “¡Tengan ánimo!”. Él se apresura a ir hacia aquellos que están afligidos y en peligro. Sí, cuando las rugientes olas estén a punto de destruirnos, Jesús vendrá. Él, que ordena a las olas y que toma el control del barco en sus propias manos, lo hará también por nosotros. Con su brazo fuerte nos guiará sobre las olas, a salvo. Nadie nos ama tanto como nuestro querido Señor Jesucristo, y

por tanto ¿no será capaz de ahuyentar todo nuestro temor?

¿Estamos temerosos de un sufrimiento en particular que se acerca a nuestra vida? El temor solamente puede dominarnos cuando no estemos dispuestos a aceptar tales dificultades y a decir: “Sí, Padre”. Nuestra falta de entrega proviene de nuestra negativa a confiar en el amor de Dios, el Padre, quien no permitirá que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas (ver 1 Corintios 10:13). “Donde hay amor no hay miedo” (1 Juan 4:18). Por otra parte, si nosotros tenemos el temor correcto delante de Dios, un temor piadoso y reverente por el santo Dios, nuestros grandes temores y miedos a causa de los eventos que se aproximan, desaparecerán. Así ya no estaremos más atemorizados por el sufrimiento que se avecina y el daño que nos puedan hacer los demás. Más bien, tendremos temor de causarle dolor a Dios, y por no traer a la luz nuestros pecados, para así ser limpiados de ellos. Si perdemos a Dios perdemos todo, pero si le tenemos, entonces, tenemos todo lo que necesitamos, incluso en los tiempos más difíciles. “¿Si Dios está a nuestro favor, nadie podrá estar contra nosotros!”. Entonces podremos declarar como el apóstol Pablo: “...ni la muerte, ni la vida...ni lo presente, ni lo futuro... ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado...!” (Rom. 8:31, 38, 39).

Así que, en tiempos de temor, ya sea en el vivir de cada día como en el panorama de un futuro peligroso, nuestra principal preocupa-

ción debe ser que Dios esté con nosotros porque andamos en la luz y vivimos en un estado de contrición y arrepentimiento, conscientes siempre de la santidad de Dios. De esa forma, llegaremos a conocer y a amar a Dios como nuestro Padre misericordioso y a Jesús como nuestro Salvador, de una forma mucho más profunda. Y si amo a alguien también confío en él. Jesús prometió: "...Mi Padre amará al que me ama y me mostraré a él... El que me ama, hace caso de mi palabra... y mi Padre y yo vendremos a vivir con él..." (Juan 14:21, 23). Dios vendrá a nosotros, y traerá la solución a todos nuestros problemas.

El hecho en sí es que el temor es un tipo de sufrimiento. Aun así, el gozo y la bendición divina están detrás de cada sufrimiento, y el temor no es la excepción. La paz que va más allá de todo entendimiento, la paz que brota como un río del mismo corazón de Dios hacia nosotros y nos llena de delicias, debe de ser muy nuestra cuando el temor nos ataque. Jesús es nuestra paz, y porque Él se siente especialmente obligado a venir a nosotros en esos momentos de temor, nosotros probaremos esta paz como nunca antes. Es un anticipo de lo que será en la Ciudad de Dios, la ciudad de la paz eterna, donde ningún temor ni aflicción nos acechará.

Él, que es la misma paz, quiere darnos esta maravillosa paz como un don. Podemos confiar en Él. Y cuando estemos frente a peligros o temores, ese es el mejor momento para reclamar este precioso don en fe.

4

ENFERMEDAD

Estás enfermo y con mucho dolor. También estás sufriendo emocionalmente porque tu enfermedad te ha apartado de tu vida familiar y de actividades que te satisfacían. Deseas trabajar, pero no puedes, estás impedido. Piensas que eres una carga para otros, dependes de su ayuda. De repente tu vida consiste en dolor y sufrimiento. No puedes realizar las actividades de una persona sana.

Quizás, muchas veces, tuviste la esperanza de ser sanado. Alguien te puso en contacto con un buen doctor para un tratamiento o para una medicina especial. O quizás ya oraste mucho pidiendo sanidad, esperando que el Señor te sane. Pero, aun cuando no se ve una cura aparente y sólo puedes sufrir pacientemente, hay un precioso tesoro escondido en la enfermedad.

Podemos verlo en la vida de la adolescente Joni que, debido a un accidente en el agua, quedó parapléjica. Después de complicadas operaciones y largas estadías en el hospital, se vio postrada en una silla de ruedas para el resto de su vida. Hoy depende completamente de los demás. Como resultado de todo esto, su fe en Jesús se profundizó. Al aceptar la voluntad de Dios, aprendió a vencer esta severa incapacidad. Su testimonio, ya escrito y filmado, viaja por todo el mundo. “Prefiero estar en esta silla conociendo a Jesús, que sobre mis propios pies sin conocerlo”. Cuando oyes hablar a

Joni, puedes sentir que ella es feliz, la ves radiante. Sí, ¡las pruebas de la enfermedad son pequeñas en comparación con la alegría que entra en nuestras vidas cuando Jesús significa todo para nosotros!

Lo importante es que Dios sea glorificado en nuestra vida y esto puede suceder de distintas maneras. Por la oración y la imposición de manos, Dios puede otorgarnos la sanidad, como he experimentado varias veces (Santiago 5.14-15). Pero también hubo veces en las que el Señor no intervino y tuve que probar la copa amarga de la enfermedad. En tales casos, el Señor se glorifica cuando soportamos, como Joni, nuestra enfermedad en completa sumisión a Él. Esto redundará en gran bendición para nosotros y para otros, demostrando quién es Dios y lo que puede hacer. Así, Él atraerá a muchos hacia Su amor.

¿Qué fue lo que me confortó y me proporcionó una bendición inolvidable, durante una seria enfermedad que me mantuvo en cama por meses? Al frente de mi cama estaba colgada una cruz. Era como si Jesús me estuviera diciendo: “¿No te entregaste a seguirme en el camino de la cruz? Yo soy el Varón de Dolores, afligido y cubierto de heridas. Ahora tienes la oportunidad de compartir mi camino.” Durante esta enfermedad, Jesús se acercó a mí y llegué a conocerlo más íntimamente como el Varón de Dolores. Mi amor por Él aumentó, y así también, mi gratitud por Sus sufrimientos. Desde aquel momento estuve más ligada a su

voluntad y así unida a su corazón. Descubrí cuánta felicidad encierra esto.

Este largo período de enfermedad me enseñó a rendir mi voluntad, semana a semana, aún cuando todavía no había señal de mejoría. La enfermedad puede ser un proceso de purificación enviado por nuestro Padre Celestial, que nos dice: “Practica ahora la paciencia y más tarde serás capaz de perseverar pacientemente en toda clase de problemas y sufrimientos. Llegarás a ser fuerte rindiendo constantemente tu voluntad a Dios, y así serás transformado a la imagen de Jesús, el siempre paciente Cordero de Dios, cuyo alimento era obedecer la voluntad de Dios.” (Juan 4.34)

¡Cuán agradecida me sentí por la oportunidad de practicar mi paciencia! Según aprendamos a ser pacientes y a someter nuestra voluntad a Dios, confiando en Él, permaneceremos en paz en situaciones de aflicción. Descansaremos en la seguridad de que

*Su corazón y voluntad no son otra cosa
que amor y bondad, y buenos los caminos
por los que Él nos conduce.*

Superaremos las dificultades, sabiendo que la bendición y la gloria de Dios están escondidas en ellas. Porque Dios es Amor, quiere bendecir y no perjudicar a Sus hijos (Jeremías 29:11). Todo, inclusive la enfermedad, nos ayuda para nuestro bien, y esto sucede cuando rendimos nuestra voluntad a Dios. Si no nos rebelamos ni

resistimos, nada impedirá que Su bendición se derrame sobre nosotros.

Cuántas personas han dado testimonio de que, aun encontrándose bien, fueron envueltas por su trabajo, por su familia y la actividad diaria; perdiendo así la comunión en el vínculo con el Padre Celestial y con Jesús durante el día. Y, cuando se enfermaron hubo, de repente, un encuentro con Dios. Se confrontaron con la santidad de Dios, especialmente en el caso de enfermedades terminales. Hubo un despertar espiritual en sus vidas, una convicción de pecado, reconocían que se habían distanciado de Dios y no habían vivido como discípulos de Jesús en pensamiento, palabras y acción. Se arrepintieron, confesaron sus pecados, y experimentaron un cambio de corazón e incluso una total renovación de sus vidas. Muchos han compartido: “Todo fue gracias al sufrimiento que Dios permitió que soportara. Esta enfermedad me ha traído incontables bendiciones”.

La enfermedad no es sólo una ocasión para obrar arrepentimiento en nuestro corazón, sino también para llevarnos más cerca de nuestro Señor Jesús. Nos puede pasar cuando nos damos cuenta cuán rápidamente se desvanece el amor humano. Tal vez vemos que somos una carga para otros. O amigos o colegas pueden olvidarnos. Eso duele. En tales momentos Jesús está a nuestro lado, diciendo: “Vuélvete más hacia Mí, búscame.

En Mí encontrarás todo lo que tu corazón anhela.” Jesús vino para que podamos tener vida en abundancia (Juan 10:10). Los tiempos de enfermedad pueden ayudarnos a profundizar nuestro amor por Jesús, como también llevarnos a experimentar, aún más, Su amor.

Los tesoros escondidos en la enfermedad parecen no agotarse. Cuando nos enfermamos y sufrimos físicamente, nuestra compasión crece y podemos entender mucho mejor a los demás que también están enfermos y que no se sienten bien. Piensa en todas las personas enfermas que han sido causa de bendición y ánimo con su oración intercesora, consejos y testimonios. El tener más tiempo para Dios les hizo más sensibles para Él, y les ha acercado más a Su corazón. Su Presencia ha transformado sus lechos de enfermo en un oasis espiritual para los que están a su lado.

La enfermedad es una forma de sufrimiento, y a menudo muy dura, pero por esta misma razón, la bendición también es muy grande, y preciosos tesoros reposan escondidos en ella. Un himno dice: “Oh sufrimiento, ¿quién es digno de ti? Aquí pareces ser una carga; en el alto cielo, se te verá como un privilegio que no todos han podido tener”. Incluso, en esta vida, una persona enferma que acepta con amor la voluntad de Dios, puede tener un anticipo del cielo, y en la vida venidera, le espera la gloria eterna.

5

CANSANCIO

Dices algo así como: “Ya casi no puedo más. Se me han acabado las fuerzas. Estoy tan cansado para pensar o hacer algo. Apenas puedo arrastrarme a lo largo del día.” Este agotamiento y fragilidad pueden ser las secuelas de una enfermedad o los resultados de una avanzada edad. Pero en la actualidad incluso la gente joven está cansada y con falta de fuerzas. ¿No es cierto que los factores ambientales negativos y las nocivas influencias de la sociedad moderna se están revelando en las nuevas generaciones? Comparada con la pasada, la juventud es, muy a menudo, más débil, físicamente hablando.

Tal estado de agotamiento desgasta, y muchas veces, es más difícil de sobrellevar que la enfermedad, especialmente si se prolonga. Al contrario de lo que le pasa al enfermo, no tiene excusa para no cumplir sus obligaciones diarias ya sea en el hogar o en el trabajo. ¡Quieres estar activo como los demás, en plena posesión de tus fuerzas! Quizás has orado mucho para que el Señor te quite esa debilidad física, o puede que hayas intentado varias ayudas externas para recuperar las fuerzas, pero todo ha sido en vano, no has tenido éxito. Tu cansancio no desaparece.

Estoy muy familiarizada con este tipo de estado y sé cuán penoso puede ser. Pero también he aprendido a triunfar sobre esta situa-

ción y a descubrir el precioso tesoro que Dios tiene escondido en este sufrimiento.

Durante muchos años he sufrido de varias dolencias y de una salud delicada. A menudo no sabía dónde tenía que encontrar las fuerzas necesarias para atender a las diferentes obligaciones, las que tenía que enfrentar en el liderazgo de nuestra organización en plena expansión. Considerando mi fragilidad, ¿cómo podría yo suponer que llevaría a cabo este gran ministerio mundial, el cual genera una cantidad de trabajo cada día? Apenas podía soportar un día más...

En esta situación, Jesús me ayudó dándome algo que después resultó ser un gran caudal de fuerza para mi fragilidad. Él atrajo mi atención hacia un versículo de la Sagrada Escritura de una forma maravillosa: “Mi amor es todo lo que necesitas; pues mi poder se muestra mejor en los débiles” (2 Corintios 12:9).

Este versículo, se convirtió en mi propio versículo, evocó en mi corazón una canción de triunfo: “Si tu poder realmente se perfecciona en la debilidad, ¿por qué me voy a preocupar por ser débil? Así, Tú podrás demostrar tu poder en mí y por medio de mí, y tu poder es infinitamente más grande que mi fuerza. ¡Qué preciosa promesa! Con gratitud le dije al Señor: Ahora Tú me darás las fuerzas que necesito y ya no tengo que confiar en mis pocas fuerzas y en mis recursos limitados.” Así que en fe me aferré a la promesa del Señor y recibía nuevas fuerzas al pronunciar palabras como: “¡Jesús, Tú eres mi fuerza!”, “¡Hay poder en tu sangre!”.

Para aquellos que están sufriendo de fatiga y escasa salud, ¡qué consuelo es saber que Jesús quiere darnos el don de su fuerza!, lo cual es suficiente para nosotros, sí, y mucho más efectivo que si fuéramos fuertes por nosotros mismos. Por lo tanto, digamos: “Señor Jesús, confío y espero que hagas esto mismo en mi vida”. Si declaramos en fe una y otra vez: “¡Jesús, Tú eres mi fuerza!”, seremos realmente saturados de un caudal de vida divina procedente de Él, del Señor resucitado. Ésta es una promesa que también podemos reclamar para el futuro. En los tiempos de aflicción que se aproximan, cuando estemos padeciendo debilidad física, podemos contar con el poder de Dios.

¡Qué maravillosa experiencia es la nuestra, como resultado de este sufrimiento! ¿Quién no querrá aceptar el cansancio y la debilidad física, si la fuerza del Señor se va a demostrar tan maravillosamente en ellos?.

Conoceremos a Jesús como nuestro poderoso Señor y aprenderemos a confiar y amarle más, entrando en una unión más profunda con Él. Siempre he experimentado esto en tiempos de cansancio. Era como si una dulce melodía estuviera sonando constantemente en mi corazón: “Señor Jesús mío, ahora tengo el privilegio de hacer un pequeño sacrificio para Ti, haciendo mi trabajo en un momento que me cuesta hacerlo. Ahora me estás dando la oportunidad de demostrarte mi amor y de estar cerca de Ti”.

Una gran bendición escondida también descansa en este sufrimiento, una abundancia de profundo gozo interior. ¡Amor, nada más que amor, es lo que son en realidad nuestro Padre Celestial y nuestro Señor Jesús! Cuanto más grande sea nuestra cruz, más grande será la gloria que producirá, e incluso en esta vida experimentaremos un adelanto del cielo.



6

SOLEDAD

Te sientes solo, y apenas lo puedes soportar. La muerte se ha llevado a la persona que amabas, que significaba todo para ti. O quizá tu matrimonio se ha roto y te has quedado solo y con mucho dolor. Tal vez eres soltero y sin amigos. O eres un adulto mayor y sientes que nadie te quiere ni te necesita. Cualquiera sea la causa, sufres la amargura de la soledad. Sé cómo te sientes, porque yo también he pasado por tiempos de soledad.

Hace años, mientras llevaba una vida llena de actividad y de significado como la “madre espiritual amada y necesitada” por una enorme familia de hermanas, repentinamente el Señor me llamó a una vida de oración. Por amor a Él yo debía abandonar ese feliz compañerismo y pasar largos períodos de retiro, consagrándome enteramente al Señor en la oración y más tarde escribiendo lo que Él me encargaba que compartiera como testimonio espiritual. Acepté esta dirección del Señor, sin darme cuenta de lo dura que es la soledad.

Ahora estaba separada de lo habitual de nuestra vida feliz en comunidad, sin alguien con quien conversar ni compartir. En vez de participar en reuniones y celebraciones, en la alabanza y la adoración, me quedaba sola en mi cuarto. Ya no estaba presente cuando se tomaban decisiones importantes para nuestra comunidad y nuestro ministerio. Y, cuando

parecía que también el Señor Jesús estaba lejos de mí, la soledad carcomía mi corazón. Sé cómo la soledad puede oprimirte el corazón como una bestia salvaje que te aferra y te quiere devorar y cuán desesperado puede hacerte sentir. Harías cualquier cosa para salir de la prisión de tu existencia solitaria.

Entonces algo sucedió y transformó este sufrimiento en “mi ganancia”, ya que hizo nacer algo maravilloso. El Señor me dijo un día: “Tú anhelas el amor y compañerismo de las personas. Ámame aún más y así me traerás consuelo y alegría, y al mostrarme amor serás más feliz, y tu vida será más rica por ello.”

Con una canción tras otra, expresé mi amor al Señor, deseando servirle y alegrar Su corazón. Quise consolarle pues Él sufre el rechazo de muchos, aunque entregó Su vida, por todos nosotros por puro amor, en la cruz.

Canté canciones como ésta:

*El corazón de mi Jesús debe ser consolado,
hoy, en todo Su inexpresable dolor.
Despierta, alma mía, comienza a cantar;
¿qué consuelo has traído para Él?*

*Yo le consolaré, y voy a permanecer
a Su lado siempre en el sufrimiento;
no le dejaré ni una sola hora,
quizás esto puede traerle consuelo.*

*Le consolaré, dándole gracias
por todas las bendiciones en mi vida
que Él me ha dado en Su amor.
¡Oh, que esto alegre a mi Señor!*

*Yo le consolaré, y Su corazón deleitaré
con canciones de amor en la noche más
oscura. Tal fidelidad tocará Su corazón
y un dulce consuelo le dará.*

El hacer esto me consoló profundamente. Jesús se acercó a mí, y en la soledad experimenté una profunda intimidad con Él. Ni siquiera en los momentos de compañerismo más felices, que tuve con otras personas, experimenté un gozo tan profundo como éste. Tampoco sabía que esta unión con Él resultaría una bendición para otros, pues el sacrificio produce vida, vida espiritual. Tuve el privilegio de compartir algunas de las cosas, que Jesús me reveló en la quietud de Su presencia en los tiempos de retiro. Con este sacrificio de estar sola, pude mostrar a Jesús mi amor, y Él obró en mí, una transformación. Mi corazón se llenó de paz y alegría.

Todos hemos de experimentar esto de una forma u otra, porque el Señor, en Su amor, ha planeado momentos de soledad para nosotros, no para provocar amargura o infelicidad, sino para que le busquemos y nos acerquemos más a Él. Jesús está esperando que “le busquemos y encontremos”, para entregarse a nosotros y llenar nuestro corazón de Su paz y Su alegría en abundancia.

Descubriremos que cada camino viene de nuestro amoroso Padre Celestial. Es parte de un plan sabio y nos llevará a una maravillosa meta. Por cada pérdida que sufrimos por el Señor, recibiremos mucho más y experimentaremos, abundantemente, el amor de Jesús.

Sólo una cosa tienes que hacer: dale tu amor a Jesús. Él te ama tiernamente y espera que le ames. Ámale y tu soledad se transformará en intimidad con Él. Ámale y serás feliz. Ámale y tu alegría, por Su presencia, te inspirará a mostrar amor a los demás, por ejemplo, orando por ellos y así ya no tendrás tiempo para pensar en lo solo que estás. Amando a Jesús y a tu prójimo, tu vida será fructífera por toda la eternidad.

*Alguien está siempre conmigo – nunca
estoy solo. Jamás me olvida, pues soy suyo.*

*Alguien nunca me va a desamparar,
y en su amor siempre puedo confiar.*

*Alguien siempre escucha mi voz,
es tierno y comprensivo, fiel y veraz.*

*Alguien me pregunta: ¿Me amas a Mí?
Pues mi amor es muy valioso para Él:
Es Jesús, mi Señor y Salvador.*

7

CONFLICTOS INTERNOS

Estás sufriendo terribles conflictos internos, porque no puedes comprender las acciones y dirección de Dios. Tu alma clama angustiada: “¿Por qué Dios guarda silencio? ¿Por qué Él no interviene en mi vida y me envía la ayuda? ¿Por qué está todo tan falto de significado? ¿Por qué, en el mundo actualmente el triunfo del mal está aumentando?

Quizás estas dudando que tus pecados hayan sido perdonados. Puede que tu incertidumbre sea de si has tomado la decisión correcta, si has tratado con una persona en la forma correcta, si te has comportado correctamente en una situación en particular. Todas estas dudas están continuamente en tu mente y los conflictos internos te tienen cautivo en un círculo vicioso, haciendo que sufras inmensurablemente en tu alma y en tu espíritu.

Dios, que es tu Padre amoroso, no quiere que te atormentes con estas dudas. Él quiere ayudarte a encontrar la salida de este círculo vicioso, para que puedas vencer tu conflicto interior, y así un día recibir la corona de vida que ha prometido a todos aquellos que hayan pasado la prueba (Santiago 1:12).

Esto es realmente un hecho, como he podido ver durante mi experiencia como consejera: si cedes a los conflictos interiores, si continúas afligiéndote por causa de problemas no resueltos, jamás llegarás a una solución. Por el con-

trario, te encontrarás cada vez más enredado y tus pensamientos atormentadores te llevarán al borde de la desesperación.

Pero el Señor nos muestra el paso decisivo que tenemos que dar para salir de este sufrimiento: detener todo este proceso de pensamientos agonizantes y renunciar a ellos en el nombre de Jesús y, cada vez que vuelvan, rechazarlos categóricamente, en el nombre de Jesús: “¡Rehúso tener algo que ver con estos pensamientos que el enemigo ha puesto en mi mente! ¡Fuera de aquí! Dios me ayudará. El me mostrará el camino correcto”. Cada vez tenemos que estar resueltos a salir del círculo vicioso de nuestros pensamientos y centrarlos en alguien diferente: en Jesucristo.

El siguiente paso, también para ti, es entregarle a Jesús todos tus conflictos internos. Cuéntaselos a Él y ora. Jesús está esperando que te vuelvas a Él, porque así está escrito: “...resistan al diablo, y éste huirá de ustedes. Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes” (Santiago 4:7-8). Al mismo tiempo, clamamos la ayuda de Jesús. Habiendo sido tentado como nosotros, pero sin llegar a pecar, Él puede ayudarnos ante la tentación (Hebreos 2:18; 4:15). Como nuestro Sumo Sacerdote, Él tiene compasión de nosotros y quiere ayudarnos. Pero también tenemos que creer que Él tiene la respuesta y la solución. Vendrán, sin duda, porque Dios es el único sabio y omnipotente, y ya tiene una solución preparada para cada problema que no sabemos cómo resolver. Y

como Dios te ama, no te dejará en incertidumbre en lo referente a si has tomado la decisión correcta en una situación en particular, o en cómo deberías decidir y actuar en otro caso... Él es la Luz y la Verdad, y por tanto te guiará a la verdad. Yo he experimentado esto una y otra vez en mi vida, cuando tuve que enfrentarme con muchas decisiones importantes y estaba insegura de lo que debía de hacer porque había recibido consejos contradictorios.

Si estás atormentado y dudas acerca de si has tomado la decisión correcta, si estás en el camino correcto, o has tratado a alguien en la forma correcta, afírmate en la Escritura: “Me lleva por caminos correctos, haciendo honor a su nombre” (Salmo 23:3), lo que también se puede aplicar a épocas de conflicto interior. Cada vez que un conflicto interior me amenazaba, me aferraba a este versículo, y esos conflictos me abandonaban cuando le decía al Señor: “Si un niño le pide a su padre que le muestre el camino correcto, el padre nunca le dejará tomar el camino equivocado” Cuánto más hará lo mismo nuestro Padre Celestial. Puedes confiar en esto. Si de antemano entregaste completamente tu voluntad al Señor, y le pediste que te mostrara el camino por donde tienes que ir y la decisión correcta que tienes que tomar, puedes estar seguro que Él te guió en tus decisiones. Si el enemigo continúa intentando enredar tus pensamientos en sus redes, dile: “Mi Padre, que me ama, no permitirá que tome el camino equivocado, así que mi decisión fue la correcta, y, si hubiese

estado errado, Él me lo hubiera mostrado claramente”.

No obstante, puede que tengas incertidumbre porque no le pediste a Dios específicamente que te guiara antes de tomar una decisión. Incluso, tal vez actuaste por tu propia voluntad, y ahora la situación corroe tu mente. Entonces el siguiente paso que debes dar es llevar tu pecado ante Jesús con un corazón contrito. Si estás verdaderamente apenado y listo para arrepentirte y para enmendar la situación, cuando sea posible, el Señor Jesús te dirá: “¡Este pecado te ha sido perdonado!”. Él puede ver tu corazón contrito y humillado y puedes confiar que Él cubrirá con su preciosa sangre todas las consecuencias de tu decisión pecaminosa y egoísta. Tu conflicto interior cederá y Él te otorgará la paz.

Ahora bien, hay un tipo especial de conflicto interior que se manifiesta cuando tenemos que seguir un camino difícil, y que nos parece sin sentido. Pues tienes que darte cuenta otra vez de que solo no puedes resolver tampoco este problema. La ayuda puede venir sólo del Señor, cuyos pensamientos son infinitamente más elevados que los nuestros (Isaías 55:9), quien es totalmente diferente a nosotros y, quien, en su sabiduría, omnipotencia y amor inmensurable, puede y desea dar la solución. Las huellas de Dios están escondidas, como si estuvieran bajo profundas aguas.

No puedes verlas ni saber dónde van, pero una cosa es cierta: el Señor te está guiando a una meta maravillosa.

Así que no trates de sondear la dirección de Dios y preguntar por qué te está llevando por un camino que a ti te parece sin sentido; un camino que te lleva por sendas de tinieblas y confusión; un camino cuya salida está escondida para ti. En vez de esto, confía en Él. Recuerda que Él es el Dios omnisciente, amoroso sobre todas las cosas y eterno.

Recuerda que es tu Padre, en cuyo corazón no hay otra cosa sino amor y cuya voluntad es la bondad en esencia. Aunque te sientas como si estuvieras perdido en un laberinto, Él te está guiando de acuerdo con un plan sabio y eterno, hacia una maravillosa meta. Dios, quien sólo es amor y verdad, nunca guiaría a un hijo suyo por un laberinto. Puede que así te parezca, pero no es verdad. Pon tu confianza en Él, espera por algún tiempo y verás que este camino aparentemente sin sentido, tiene un profundo significado. Dios está preparando una salida que te llenará de asombro y que te maravillará, porque con Él el sufrimiento nunca es lo último.

En vez de confundirte en medio de dudas y tentaciones y de permitir que estas dudas te atormenten, sube al barco del amor de Dios, donde Jesús está al timón. Así alcanzarás la gloriosa meta que Dios ha preparado para ti. Más tarde verás que todo lo que vino de las manos del Padre estaba completamente lleno

de sabiduría eterna y concebido en Su amoroso corazón. Él te estuvo guiando por ese camino en particular todo el tiempo para lograr algo maravilloso en tu vida.

Por lo tanto, no intentes comprender a Dios con tu limitado entendimiento. De cualquier forma, no lo conseguirás, aunque te esfuerces, porque solamente eres un ser mortal, una simple criatura, limitada en su conocimiento y en su razonamiento. Pero el Dios omnipotente y omnisciente es el Eterno, quien creó los cielos y la tierra. En vez de dudar de su amor y de su sabiduría, pregúntate en qué medida tu propia voluntad o tu rebeldía están detrás de tus dudas y de tus conflictos internos. En realidad, puede que te estés rebelando contra la guía de Dios, y no estés dispuesto a cargar la cruz que Él ha puesto sobre ti. Evades el asunto convenciéndote de que tienes conflictos internos y no conoces cuál es la voluntad de Dios para tu vida. O aún más, estás en rebelión porque no sabes por qué Dios te está dirigiendo por un camino así. Y durante todo el tiempo Dios está esperando que rindas tu voluntad completamente ante Él, que confíes en Él perseverando hasta que Él te envíe ayuda o que lo ponga completamente claro ante ti. Así que una vez más, no intentes comprender a Dios. Confía en Él y en su amor, y obedientemente da el siguiente paso hacia adelante, y así verás que tus conflictos internos tendrán que retirarse, y estarás más cerca de Dios que nunca antes. Por lo tanto, di vez tras vez:

*Padre mío,
no te entiendo
pero confío
en Ti.*



8

PROBLEMAS DE PERSONALIDAD

Muchos sufren por causa de problemas en su personalidad, que muy a menudo surgen por debilidades y pecados heredados. Algunos son conscientes de que estas debilidades están en su carácter y por eso se afligen. Otros sufren a causa de las consecuencias que estas debilidades traen a su vida. Por causa de su disposición y de su difícil naturaleza pierden el privilegio de ser amados por aquellos que les rodean. Qué problema, por ejemplo, cuando una persona no puede conseguir mantener la calma, y estalla en ira o se siente atacado, cuando sus planes se frustran. Puede ser como si una fuerza incontrolable operara en ella, o como si un fuego abrasador emanara de sus palabras, o de su propio ser. Y, como resultado de su explosión, otras personas se sienten profundamente heridas, se apartan de ella y guardan sentimientos de amargura.

O hay alguien que es tan susceptible que siempre mal interpreta comentarios sobre hechos, pensando que los demás se refieren a él, aun cuando no sea así. Es susceptible porque en su orgullo no puede soportar que otros puedan encontrar una simple falta en él.

Otros se abaten y se desaniman fácilmente aislándose en casa o en cualquier otro lugar. Sí, incluso entran en un período de depresión, y todo porque están resentidos de no recibir el amor, el honor y el reconocimiento que desean

en lo más profundo de su ser, de aquellos que están a su alrededor. Quizás ni siquiera están conscientes de estos motivos. Todo lo que saben es que no se pueden sacudir de encima su depresión. Parecen estar atados.

Aún hay personas que anhelan vivir en armonía con Dios y con su prójimo, pero no lo consiguen. Dominados por su propia voluntad y por un espíritu de rebelión, se contagian inmediatamente de pensamientos rebeldes cada vez que Dios permite que se presente cualquier tipo de problemas o dificultades. También, cuando otros miembros de la familia, o compañeros de trabajo, u otros los aconsejan, los corrigen, o simplemente no actúan como ellos quieren que lo hagan, esto es suficiente para encender inmediatamente la chispa de la rebelión, la cual se hace notar por medio de sus palabras desagradables.

Si somos atormentados por estos problemas de personalidad, los demás solamente harán un comentario acerca de nosotros: “Es una persona difícil”. El sufrimiento es mutuo, tanto para la persona en mención como para aquellos que están a su alrededor. Éste es un sufrimiento que muchas personas tienen que soportar, ya que todos tenemos una herencia pecaminosa, aunque en unos sea más perceptible que en otros; ya sea duro de corazón, presuntuoso, complaciente con los demás, dominado por el temor de ofender o cobarde, codicioso, resentido, amargado, criticador, envidioso, celoso... estos son pocos ejemplos por nombrar.

¿No es ésto también sufrimiento? Aunque no queramos admitirlo, todos sufrimos debido a nuestra naturaleza pecaminosa, pues el pecado es siempre una fuerza destructiva.

Destruye la paz y comunión con los demás, arruina la alegría y la paz que pueda haber en los corazones. Así que, una persona dominante y rebelde puede arruinar cualquier reunión, debido a su deseo e impulso de dominar y de hacer lo que le viene en gana.

Aquel que tiene ojos para ver, se da cuenta de cuán destructiva es la fuerza del pecado y cuánto sufrimiento puede causar. Y vemos como el pecado está profundamente arraigado a nuestra naturaleza. Qué fácil es sentirnos envidiosos y autocompadecemos cuando miramos a los demás: “¡Su carácter no está afectado por esta atadura pecaminosa!” A menudo lo hacemos más difícil por permitir que el desánimo, la resignación e incluso la desesperación se apoderen de nosotros. “¿Cómo seré victorioso? ¿Cómo puedo llegar a ser un miembro útil del Cuerpo de Cristo y ser un verdadero seguidor de Jesús? ¿Cómo podré resistir cuando la persecución venga sobre los cristianos? Y, sobre todo, ¿cómo podré entrar en la gloria celestial, en la Ciudad de Dios, donde, de acuerdo con la Sagrada Escritura, solamente aquellos que hayan vencido tienen el derecho de habitar?” (ver Apocalipsis 3:12). Al final nos damos cuenta que estamos atados a nuestro pecado con cadenas de hierro.

No obstante, es una verdad y una realidad que un gran tesoro yace escondido en nuestra

naturaleza pecaminosa y difícil . Todo lo que tenemos que hacer es desenterrarlo. Pero puede que nos preguntemos: “¿Un tesoro? ¿Cómo puede ser?” Solamente los enfermos, los pecadores, se apresuran al Médico de las almas (ver Lucas 5:31-32). Solamente ellos pueden encontrar el camino a Él y llegan a conocer a Jesús como su Salvador. Solamente ellos pueden experimentar su ayuda y su salvación. Sólo aquellos que no son redimidos necesitan de un Redentor, y las personas difíciles son ejemplo típico de quienes necesitan redención. La promesa de Jesús es válida para ellos. Jesús vino a liberarnos de nuestras ataduras pecaminosas. (ver Juan 8:36). Y por eso... ¿quién experimentará mejor el poder salvador de Jesús, y de esa forma quién le glorificará más? Aquellos que sufran más a causa de sus ataduras al pecado, porque en ellos Jesús puede demostrar lo grande que es su poder salvador. Solamente su preciosa sangre puede transformar sus personalidades.

Esto se aplica especialmente a nuestra naturaleza innata, la cual, a menudo, se pasa de una generación a otra. En la Palabra de Dios hay una maravillosa promesa: “Pues Dios los ha salvado a ustedes de la vida sin sentido que heredaron de sus antepasados; y ustedes saben muy bien que el costo de esta salvación no se pagó con cosas corruptibles, como el oro o la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, que fue ofrecido en sacrificio como un cordero sin defecto ni mancha” (1 Pedro 1:18-19). Si Satanás continúa intentando atraparnos

en la atadura del pecado, podemos oponernos a él, diciendo: “¡Estoy redimido! ¡El rescate ya ha sido pagado!”.

Aún hay otro tesoro escondido en el sufrimiento causado por los problemas en nuestra personalidad. Al sentir esos fuertes grilletes pecaminosos de nuestro carácter, somos obligados a entrar en la batalla de la fe. “Pelea la buena batalla de la fe”, es la llamada del apóstol Pablo (1 Tim. 6:12). Solamente aquel que pelee la buena batalla será coronado (ver 2 Timoteo 2:5). La batalla de la fe contiene las semillas de la victoria, incluso se puede decir que el simple hecho de batallar nos hace victoriosos ante los ojos de Dios; tal es su estima y aprecio por la batalla de fe. ¡Qué maravilloso! Pero... ¿a quién se le desafía a tomar parte en la batalla? Solamente a aquel que lo necesita por causa de su naturaleza difícil. Aquellos que son armoniosos y que encajan con facilidad con otros y no causan problemas, a menudo, no ven sus propios pecados, los cuales son menos evidentes y, por tanto, no luchan contra ellos. Pero la persona difícil, que sufre por causa de sus problemas de personalidad, agarra las armas de la fe y comienza a luchar contra el pecado y los demonios en el Nombre de Jesús y en el poder de su preciosa Sangre.

Cada batalla de fe cuenta ante los ojos de Dios, incluso aunque no percibamos inmediatamente la victoria o aunque ésta sea muy pequeña.

Cada oración de fe se tiene en cuenta, porque la corona es concedida a aquel que se mantiene en la fe. Aquel que pelea en el poder de Jesús y en unión con Él no puede perder al final, incluso aunque sea derrotado en muchas batallas por causa de que su vieja naturaleza continúa asediándole y los demonios que hay tras ella se niegan a rendirse. La victoria final ya ha sido ganada. Esto es tan seguro como el clamor de Jesús en la cruz: “¡Todo está cumplido!”. Estamos peleando bajo la bandera de Jesús el Victorioso.

¡Qué oportunidades y posibilidades se le dan a una persona de carácter difícil! Todo lo que necesita hacer es mantenerse en la batalla de la fe. Esto quiere decir perseverar en la fe y no rendirse. El apóstol Pablo dijo al final de su vida de que había conservado la fe, y le fue preparada la corona de justicia (ver 2 Timoteo 4:7-8). El conservar la fe también se aplica a nuestra lucha personal contra el poder del pecado y las debilidades de nuestro carácter.

Por lo tanto, los problemas de personalidad nos invitan a orar y a luchar en la fe. Esto nos mantiene espiritualmente vivos, haciendo que busquemos constantemente a Jesús, ocasionando un encuentro personal con Él. Además, le da honra, ya que nuestra honra se humilla hasta el suelo cada vez que nos enfrentamos con nuestra impotencia. Constantemente se nos desafía a poner nuestra fe sobre su acto de Redención, aunque aún no podamos ver la victoria. Tenemos que esperar a recibir todo de Él.

Así esta necesidad nos unirá más a Jesús, nuestro Salvador y Redentor. Sí, nos acercaremos mucho más a Él, nuestros corazones estarán mucho más agradecidos con Él, porque con nuestra difícil disposición estaríamos perdidos para siempre si no le tuviéramos a Él. Y al mismo tiempo que experimentemos su perdón, una y otra vez, nuestro amor por Él crecerá.

Sí, el hecho de tener un carácter difícil nos hace pelear la batalla de la fe con todas nuestras fuerzas, porque sabemos que solamente si somos fieles en esta batalla alcanzaremos la meta de la gloria. Por lo tanto, perseveremos en la fe y no nos rindamos. Tenemos que vencernos a nosotros mismos, porque pelear la batalla es algo doloroso si no tenemos el temple necesario y si nuestra lucha parece inútil. Debido a que esta batalla de fe implica sufrimiento, se produce algo maravilloso: una abundancia de fruto y bendición, no sólo para nosotros sino también para los demás. El sufrimiento es una fuerza activa y creativa, que produce frutos y bendiciones, siempre y cuando lo aceptemos como algo que proviene de Dios y respondamos diciendo con un corazón confiado: “¡Sí, Padre!”

¡Así que no te quejes de tu carácter difícil, sino ten fe! Toma la bandera de la fe, como dice el Salmo 20:5: “Celebraremos así tu victoria, y levantaremos banderas en el nombre del Dios nuestro”.

¡Ay! Si solamente creyéramos que Jesús mira con gran amor y gozo a quienes luchan con constancia y entrega contra su carácter y contra sus ataduras pecaminosas día a día sin cansarse.

A ellos Él puede manifestarse como el Salvador de pecadores, a ellos Él puede revelar algo de su victoriosa gloria como el Señor resucitado. Y así ellos serán un consuelo para Jesús cuando muchas personas, incluso creyentes, que a pesar de Su acto de redención, siguen sus deseos pecaminosos. Pero aquellos que perseveran en la batalla de la fe, Él los hará victoriosos en Su momento oportuno. Jesús trabaja moldeándonos a Su imagen. Él cumplirá su objetivo si no flaqueamos en la fe, entregándonos cada vez de nuevo a Su trato para con nosotros y al proceso refinador y purificador de las correcciones.

Dios nunca se cansa. Su amor es inagotable. Aunque perdamos muchas batallas en este proceso, si luchamos hasta el final, un día entraremos en la Ciudad de Dios, donde el Señor nos recibirá y nos tomará en sus brazos. Si aquí en la tierra no nos cansamos de clamar el Nombre de Jesús y reclamar su victoria y su preciosa Sangre, allá arriba en el cielo nosotros mismos experimentaremos las palabras: “¡La victoria es mía, porque la victoria pertenece a mi Señor Jesucristo!”

9

ORACIONES NO RESPONDIDAS

Tu alma está angustiada. Debes haber orado ya cien o mil veces a Dios con fe, pidiendo por ti mismo, por otras personas, por la solución de un problema en particular... pero a pesar de tus fervientes ruegos la respuesta de Dios aún no ha llegado. ¿Por qué no responde Dios? Primeramente debemos preguntarnos si hay algo que impida que nuestra oración sea contestada, y que tendríamos que arrancar de raíz.* Por ejemplo, en un área de nuestra vida podemos estar fuera de la voluntad de Dios o de Sus mandamientos. O puede que haya algún pecado que no hayamos traído a la luz para que sea limpiado y perdonado. O quizás estemos viviendo una vida de irreconciliación, amargura, resentimiento y envidia sin que nos hayamos arrepentido de ella.

Las Sagradas Escrituras hablan claramente de estos impedimentos y requisitos que hacen falta para obtener respuestas a la oración. Si hay obstáculos que impiden que Dios oiga nuestras oraciones y tenemos que esperar su respuesta, es para llevarnos a un arrepentimiento saludable y a un cambio de corazón.

* Lea más sobre el tema: *El secreto de la oración diaria*, de Basilea Schlink

Sin embargo, aunque no exista ningún impedimento a la oración, con frecuencia, Dios no responde inmediatamente a ellas. ¿Cuáles serán los planes de Dios sabiendo que Él sólo tiene buenas intenciones para con nosotros? Yo he experimentado muchísimas respuestas a la oración a lo largo de mi vida, pero una y otra vez he tenido también la penosa experiencia de no recibir respuesta durante largos períodos, a pesar de orar fervientemente. La respuesta no vino hasta después de 10, 20 o hasta treinta años, especialmente cuando pedí por cosas grandes y decisivas en mi vida, nuestro ministerio o para personas por las cuales yo tenía una carga especial.

Mirando hacia atrás, he podido reconocer que Dios espera tanto para que después el milagro de recibir una respuesta a nuestra oración sea mucho más grande, y consecuentemente nuestra alegría, adoración y acción de gracias por lo que Él ha hecho lo sea también. Es como si Él deseara abrir las compuertas de sus bendiciones y de su misericordia.

La espera por la respuesta a nuestras peticiones tiene también un tesoro escondido. La espera es amarga y no estamos exentos de esta penosa experiencia, pero el resultado es dulce y de un valor duradero y eterno.

Así descubrí que grandes cosas surgen en estos tiempos de espera. Cuando Dios no oía mis oraciones, yo tenía que reanimar una y otra vez mi fe: “Un día responderás a mis peticiones. Confío en Ti, Señor y Dios mío.

Ninguna oración es en vano, pues Tú escuchas cada una de ellas. Lo prometiste en tu Palabra, y por eso su cumplimiento al final vendrá”. Cuando tenemos que hacer tantos actos de fe, sucede algo maravilloso: nuestra corona de fe se forja en el proceso. ¡Qué precioso es el plan de Dios! ¡Qué precioso don! Durante los períodos de espera, cosas importantes maduran, aunque no estén a la vista. Pelear una y otra vez con una fe perseverante, cuando nada parece suceder, es una experiencia dolorosa. Pero este sufrimiento contiene una gran bendición. El hecho de perseverar en la fe, a la misma vez fortalece nuestra fe. Y cuando, después, nos tengamos que enfrentar a nuevas pruebas y tentaciones nos será mucho más fácil poner nuestra confianza en Dios y “mover montañas” por la fe.

El hecho de esperar la hora de la respuesta nos trae otro regalo: nos hace más humildes. En nuestra presunción, muy a menudo, pensamos que Dios tiene que responder a nuestras peticiones inmediatamente, aunque nosotros le hagamos esperar constantemente cuando Él nos pide que hagamos algo.

Pero incluso en las relaciones humanas esto es un hecho real: las personas con poder y prestigio pueden entrar en la oficina del director y recibir inmediatamente lo que ellos piden, mientras que aquellos que son menos importantes tienen que esperar. Por el hecho de tener que esperar la respuesta del Dios todopoderoso a nuestras oraciones podemos ver el lugar que ocupamos.

Nos hace pequeños y humildes, y más parecidos a Jesús, el Hijo del Altísimo, quien dijo de sí mismo: “...soy paciente y de corazón humilde...” (Mateo 11:29). Qué maravillosos son los tratos de Dios y qué sabiamente Él nos guía, cuando no responde inmediatamente a nuestras peticiones, sino que nos hace pasar por períodos de larga espera. De esta forma seremos revestidos de la humildad que adorna al verdadero Hijo de Dios, la humildad de someternos a Dios y a Su gobierno soberano e incomprensible. Dios, en su amor, tiene un plan para conducirnos por caminos donde tendremos que esperar una y otra vez. Durante este proceso, están siendo forjadas en nosotros la fe, la paciencia y la humildad.

Finalmente veremos que el Señor escucha nuestras oraciones y responde a ellas siempre que no sean concebidas con obstinación o desobediencia, sino estén en armonía con la voluntad de Dios. Después de un largo período de espera recibiremos con corazones humildes lo que pedíamos. Llenos de gratitud a Dios, nuestro Padre, nunca nos olvidaremos lo que Él ha hecho por nosotros. Nuestra adoración será grande, ya que procederá de un corazón humilde. Y cuidaremos con especial reverencia aquello que hemos recibido de Él. Nos acercaremos al Señor reconociendo que su corazón lleno de amor jamás nos defraudará, sino que nos educará con un amor sabio y paternal.

Depende de nosotros el aprovechar o no estos períodos de espera, permitiéndole al Señor

llevar a cabo su gran obra de transformarnos a su imagen, de tal forma que un día podamos estar con Él y contemplarle cara a cara por toda la eternidad. Una alegría que sólo le es concedida a aquellos que han llegado a ser como Cristo.

No obstante, incluso después de un largo período de espera, el Señor no siempre nos da una respuesta directa a nuestras peticiones. A veces no sólo nos hace esperar, para nuestro bien, sino que contesta nuestras oraciones de una forma completamente diferente a la que habíamos pedido o imaginado. Por ejemplo, podemos orar que Dios cambie la actitud de aquellos que nos hacen la vida difícil e incluso nos odian. Sin embargo, nuestra petición no fue concedida. ¿Por qué no?

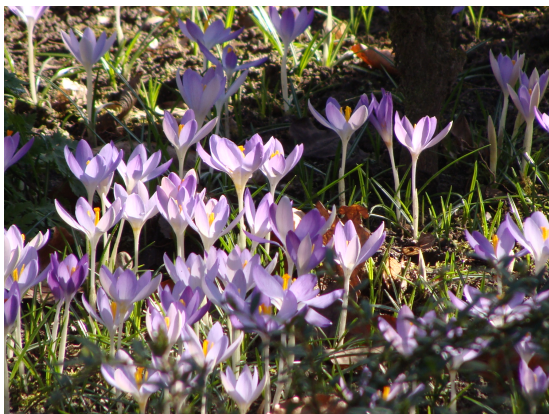
Otra vez, Jesús en su sabiduría quiere transformarnos a su imagen, la imagen del Cordero, y así amar y bendecir a nuestros adversarios. Con esta actitud misericordiosa podemos bendecir a otros que se oponen a Jesús, e incluso, a veces ganarlos para Cristo.

Y así, después de todo, el Señor sí escuchó nuestra oración, aunque no respondió en la forma en que pensábamos que lo haría.

Una cosa es cierta: Dios siempre responde a nuestras oraciones, aunque en el comienzo no entendamos, porque sus pensamientos, planes y propósitos son mucho más grandes que los nuestros... ¡Y mucho más maravillosos! Él nos ama más allá de lo que el hombre pueda

concebir, y quiere bendecirnos mucho más de lo que podríamos imaginar o esperar.

En más de sesenta años de seguir al Señor, ésta ha sido siempre mi experiencia, cada vez que mis oraciones parecían no ser contestadas. En consecuencia, confiemos implícitamente en el amor de Dios, pues las palabras de las Escrituras contienen la verdad: “Pidan, y recibirán”.



10 TORPEZA

Te falta talento. Piensas que no tienes aptitudes para realizar ciertos trabajos o tareas que otras personas hacen con facilidad. Quizás algún defecto físico te lo impida, te faltan fuerzas, tienes una salud delicada o eres de edad avanzada. No ganas fácilmente el afecto y la estima de los demás, porque no tienes una apariencia atractiva o facilidad para hacer amigos. Sufres mucho porque te sientes en desventaja y crees que Dios te ha dejado a un lado. La persona talentosa emprende cualquier tarea con éxito y eficiencia, puede comprender rápidamente cualquier situación, tiene buena memoria; siempre tiene algo que decir porque sabe mucho, y el saber es poder. Y tú te relegado. Aquel que tiene una personalidad encantadora, en seguida se hace popular entre los demás y muy pronto consigue amistades, mientras que a ti se te hace a un lado y nadie te demuestra interés.

Si te encuentras en una situación como ésta, puede que te preguntes: “¿Qué me ayudará a soportar este sufrimiento? ¿Qué puedo hacer para que esto no me haga infeliz ni me desanime?”. Hay algo que puede ayudarte. A mí me ayudó cuando tuve que sufrir por causa de mi incapacidad de poder comunicarme en inglés.

Durante muchos viajes que hice al extranjero, necesitaba entender y hablar inglés para llevar a cabo bien mi ministerio, pero no era capaz porque no tenía talento para los idiomas, aunque había estudiado francés y otros idiomas en la escuela. Más tarde cuando, el Señor no me dio el tiempo ni la oportunidad para vencer esta deficiencia, escribí la oración siguiente:

¡Oh Padre! Estoy dispuesta a ser pobre,
sin talento e incapaz.
Y con este “Sí” quiero honrarte.
Entonces, Tú realizarás lo que
yo no puedo hacer,
y a pesar de todas las cosas, Tú y sólo Tú
abrirás el camino para tu mensaje.

Este acto de entrega transformó aquello que me parecía tan difícil de soportar. Descubrí que cuando entregamos nuestra voluntad y deseos sin reservas a Dios, nos unimos con Él y esta unidad llena de paz nuestro corazón.

De verdad, yo estaba en una situación de desventaja por mi deficiencia. Pero el precio del sufrimiento tenía que ser pagado. Debido a lo pobre de las traducciones de mis charlas, me era imposible transmitir bien el mensaje que me había sido confiado, haciendo estos largos viajes solamente con este propósito. Por causa de no saber bien el idioma, siempre me quedaba a un lado durante las conversaciones y entrevistas importantes, y no podía alcanzar el corazón de los demás como me hubiera gustado hacerlo.

Aún así el Señor me otorgó un profundo gozo interior. Yo le agradecía por hacerme pequeña e incapaz, porque sabía que Él ama lo pequeño y desamparado, y que Él llevaría a cabo mi ministerio de alguna otra forma. Siempre experimenté las maravillas que Él podía hacer. Años más tarde, por ejemplo, el Señor nos dio un ministerio de películas y videos para así extender su Palabra, y con su ayuda finalmente pude dar mensajes en inglés que eran televisados a millones de personas en el mundo de habla inglesa.

Y por eso, me gustaría animarte a decir: “¡Sí, Padre!”, ante tu falta de aptitudes, incapacidad, o deficiencia. Ésta viene de Dios, tu Padre, quien tiene escondida una gran bendición, tan grande que aquellos que tienen dones y aptitudes podrían envidiarte. Por causa de tu incapacidad, te acercarás a tu Señor Jesús, el humillado Hijo de Dios, quizás más que cualquier otra persona. Pobre, pero rico, porque estás entregado a Su voluntad, tienes la aprobación del Padre que descansa sobre ti.

Dios tiene aún otro regalo guardado para aquellos que son pobres, sin ciertas aptitudes o talentos. El hecho de no tener tantos dones te hace humilde. Aquellos que son muy dotados están en peligro de hacerse orgullosos, muy confiados, y con dolor, experimentarán cómo Dios resiste al orgulloso. Pero...¿a quién le da gracia Dios? Al humilde. Si Dios te ha negado algún talento y tú a cambio le das un “Sí” de todo

corazón, aceptando con humildad lo que viene de su mano paternal, estarás bajo su gracia.

Y si cada vez que te sientes incapaz, te acercas al Padre como lo haría un hijo que pide ayuda, serás ricamente bendecido; mientras que, por el contrario, la persona dotada de habilidades que no usa sus dones bajo la dirección de Dios, en realidad, es pobre.

Así que recuerda que el hecho de tener una reputación de persona competente, de tener habilidades y ventajas, y poder hacer bien ciertas cosas, no es lo más decisivo en la vida. Lo que importa no es cómo me ven los demás, sino cómo me ve Dios. Esto es de importancia primordial y eterna, y será visible para todos en la vida que está por venir. Por el contrario, la buena opinión que los demás puedan tener de mí, solamente vale durante el corto espacio de tiempo de mi vida terrenal y tiene valor solamente para el hombre mortal, que a los ojos de Dios es como si no fuera nada. Considera lo que dice la Biblia: aquellos que no valen ante los ojos del mundo, los pobres, los torpes, los insignificantes, son preciosos para Dios (ver 1 Cor. 1:27-29). “El hombre se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón” (1 Samuel 16:7).

Así que comienza ahora a alegrarte: “Soy de mucho valor para Dios. Él me da su amor, porque cada hijo suyo que carece de dones y de habilidades tiene un lugar especial en su corazón. ¡Se puede glorificar mucho más en la

vida de una persona sin talento como yo, que en la vida de alguien inteligente y talentoso!”.

Si te alegrás de tu incapacidad y das gracias de que en tu pobreza eres rico en Dios, tu complejo de inferioridad desaparecerá y no volverás a sentirte infeliz.

Pues sabes que eres aceptado por Dios, que te ama y que tiene un aprecio especial por ti... Aquel que es Hacedor y Padre de todos nosotros, nuestro Juez, cuyo juicio es el único que cuenta.

Aún hay algo más que te consolará. Tu falta de habilidad en ciertos aspectos de la vida te da una ventaja. Por causa de tu incapacidad, la dependencia y confianza en Dios se hará natural en ti. Tendrás que pedirle siempre que te ayude, ya que tú solo eres incapaz de lograrlo. Esto hace que tu dependencia de Él sea cada vez más profunda y te guiará a una relación más íntima con tu Dios y Padre, mucho más íntima que aquellos que pueden resolver el asunto “solos”. En Dios encontrarás una rica fuente de alegría y amor, que fluye de Él para ti. Este amor encenderá a cambio un amor por tu prójimo; ¡y qué cosa más preciosa es ésa, ya que el amor es el más grande de los dones! (ver 1 Cor.13). El amor por tu prójimo les hará abrir su corazón hacia ti de tal forma que los hará más receptivos, como si tuvieras muchos dones y otras ventajas en tu forma de ser. Por lo tanto, ama, y la tristeza y las inhibiciones por causa de tu inhabilidad desaparecerán. El amor de Jesús habrá triunfado en ti.

11 VEJEZ

Cada vez que visitaba a un anciano pariente mío, le preguntaba cómo se sentía. Su respuesta fue un eco a su sufrimiento, porque estaba envejeciendo, y decía: “Todo se está deteriorando. Mi vista, mi oído... todo está llegando a su fin”.

¡Es difícil cuando las facultades declinan! Éste fue un hombre inteligente, tenía un lugar de prominencia en círculos intelectuales, pero ahora ni siquiera podía seguir los acontecimientos de actualidad, ni leer los diarios, ni mucho menos leer libros, porque ya le era imposible comprender nada con propiedad. ¡Qué humillación! Aunque quería entender, ya no podía.

Decía con tristeza: “¡Mi memoria está fallando!” Durante 80 años este mi pariente fue bendecido con una memoria excepcional, que luego comenzó a declinar, sin poder expresarse más como le hubiera gustado, porque los hechos se le escapaban. En muchos temas ya no era capaz de participar de la conversación.

Antes, sus movimientos eran rápidos. Ahora sólo podía moverse con dificultad, apoyándose siempre en alguien o en algo. El necesitaba ayuda constantemente y experimentaba muchas de las frustraciones que pasamos los seres humanos cuando nuestras facultades físicas y mentales decaen, haciendonos pobres en el

sentido más verdadero de la palabra y por lo tanto, dependientes de los demás.

Muchos adultos mayores también sufren emocionalmente. A menudo están solos, su cónyuge ha muerto, sus hijos viven en otros lugares con sus propias familias, muchos de sus amigos y conocidos ya han fallecido. Y... ¿quién se preocupa realmente por un anciano? Muy pocos reciben amor, especialmente si no lo sembraron durante su vida.

Sí, envejecer es una forma de padecimiento. Y va acompañado por diversas incapacidades. Con los años hay que enfrentarse al hecho de tener que hacer las cosas más despacio y reducir las actividades. Y esto puede producir en la persona ciertos resentimientos y rebelión, haciendo la vida difícil para sí misma y aquellos que los que la rodean. Como expresa el dicho: “Hacerse viejo con gracia es un arte que no todos dominan”.

No obstante, el arte de envejecer no sólo se puede dominar, sino que también puede darle un brillo especial, a la persona que avanza en edad. Dios quiere transformar este sufrimiento en bendición, incluso aun más... en una verdadera gloria.

Este anciano pariente mío fue testimonio vivo de esta transformación. Al tener más tiempo para meditar y orar, por causa de sus disminuidas facultades, podía considerar una y otra vez cómo había sido su vida ante los ojos de Dios. Entonces, para mi asombro, cada vez

que le visitaba, podía oír cómo el Señor le mostraba siempre algo nuevo que no había estado bien en su vida. Por ejemplo, una vez me dijo que sus muchas habilidades le habían hecho orgulloso y ambicioso, y que estaba agradecido de que todavía tenía tiempo para arrepentirse de ello. En gratitud a Dios él quiso aceptar, el proceso de humillación, por el cual el Señor le estuvo llevando para purificarle. Según aceptaba la verdad acerca de sí mismo, una transformación ocurría en su vida, se humilló bajo la poderosa mano de Dios y Él lo llenó de la gracia del arrepentimiento por cada cosa que en el pasado no había estado bien. ¡Cuán diferente era ahora su vida!

Antes fue un líder muy respetado y escuchado, ahora mientras sus habilidades y fuerzas y disminuían, llegó a ser más y más humilde y agradecido hasta por el más pequeño de los servicios que le hacían.

Mientras sus capacidades disminuían, sus facultades espirituales iban creciendo. Cuando oraba, parecía como si tuviera la mejor memoria de todos. Traía ante el Señor todas las necesidades de aquellos que tenía en su corazón, y los pedidos de oración de varios ministerios cristianos.

Sí, cuando el hombre exterior con todos sus dones y habilidades mengua, el hombre interior puede ser renovado progresivamente (2 Corintios 4.16). En la misma medida en que los dones y habilidades humanos disminuyan, los dones espirituales emergen y se hacen cada

vez más fuertes. Pero hay un requisito: tener fe en nuestro Señor Jesús. Si creemos en Él, tenemos vida eterna, es decir vida divina.

¡Qué bendición es envejecer! ¡Qué preciosa oportunidad para que la gloria de Dios pueda brillar! Así, este anciano llegó a ser un foco de vida espiritual para muchos que vinieron a pedir sus oraciones o su bendición. En lugar de haber sido dejado de lado, sin otra misión que cumplir y sin propósito en la vida y siendo una carga para los demás, se convirtió en un canal de bendición para muchas personas por cuanto Jesús estaba vivo en él. Porque las aflicciones de la edad lo hicieron humilde y pequeño, Jesús pudo tener más y más lugar en él y brillar aun con más fuerza. Cada vez que el Espíritu Santo le hizo recordar cualquier cosa del pasado que aún había que tratar, este hombre se arrepentía y pedía perdón al Señor, entonces Jesús pudo ser glorificado y él mismo fue bendecido con autoridad espiritual.

La voluntad de Dios es que, en la tercera edad, las personas rebosen manantiales de gozo eterno. La vejez puede traer gozo verdadero, ya que todos los que aman a nuestro Señor Jesús, según envejecen, se caracterizan por la alegría anticipada del que sabe que: pronto Le veré y estaré en mi hogar eterno, en el reino de paz, amor y gozo eternos, en la Ciudad de Dios, donde podré vivir en la mayor dicha. Dios quiere dar este gozo a aquellos que sobrelleven las pruebas y aflicciones, de la tercera edad, en comunión con Él.

Una cosa que no debemos hacer: rebelarnos en contra los padecimientos de la vejez. Si lo hacemos, matamos la vida divina y eterna dentro de nosotros, ya que cada rebelión nos separa de Dios y le impide derramar Su vida divina en nosotros.

Pero aquellos que aceptan los sufrimientos que la tercera edad trae y rinden su voluntad a Dios, experimentarán la realidad de Su gran promesa: “Mi amor es todo lo que necesitas; pues mi poder se muestra plenamente en la debilidad” (2 Corintios 12.9). Y, ¿cuál es este poder? Es el poder del amor, del gozo, de la oración y de la autoridad en el Señor. Todo esto va a ser nuestro en nuestra ancianidad. Es una maravillosa perspectiva para los años que se nos avecinan.

¡Oh, si cada uno de nosotros se rindiera totalmente a Jesús con todo lo que somos y tenemos y lo amara por encima de todas las demás cosas! ¡Eso vale la pena! Pues el gozo y la felicidad habitan en aquellos en quienes Jesús ha hecho Su morada. Ellos lo reflejan, traen alegría a los demás y viven en una bendita expectativa del día en que el Señor los llame al hogar celestial. En Jesucristo tienen todo lo que necesitan y desean; porque cuando llegamos a ser como nada, entonces Aquel que lo es todo en todo, puede hacerlo todo en nosotros y darnos todo lo que nos haga falta. Y allá, brillaremos como las estrellas en Su reino.

12

NECESIDADES Y ESCASEZ

Han terminado los días de abundancia, aún en los países occidentales. La crisis económica se están extendiendo por todo el mundo y está amenazando con convertirse en un desastre económico mundial trayendo pobreza y hambre. Negocio tras negocio está entrando en bancarrota; los precios están subiendo día a día mientras que el desempleo aumenta por todas partes. Dolorosamente ves que el dinero no te alcanza y este sentimiento de pobreza oprime tu corazón y te preguntas cómo vas a poder ganar lo necesario para mantener a tu familia.

La inquietud de que la pobreza llegue a tu hogar si es que no lo ha hecho ya, es una especie de sufrimiento. Pero Dios puede transformar este sufrimiento en ganancia para ti. Él puede ocuparse de que cada una de tus necesidades básicas sean suplidas y lo más importante de todo, de que puedas experimentar Su presencia como nunca antes lo has podido hacer. ¿Cuándo sucederá eso? Cuando vengas ante el Señor con todas tus preocupaciones y necesidades. Quizás has tenido todo en abundancia, y no has valorado la provisión de Dios y no hayas acudido a tu Padre celestial para conversar con Él de tus necesidades diarias. Pero empieza ahora a suplicarle por ayuda y confía en Él., pues ÉL conoce tu necesidad. El Padre celestial tiene compasión del necesitado y siempre vendrá en su ayuda.

Esto pudimos experimentarlo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando miles de refugiados huyendo, cruzaban nuestro país sin traer casi nada. Eran pobres en todos los aspectos. Incluso aquellos que habían sido dueños de tierras ahora no tenían nada. Y aun así, años después cuando lograron establecerse ellos testificaban: “Cuando éramos pobres, éramos mucho más felices. Constantemente debíamos clamar al Señor y confiar en Su ayuda, y así cada vez experimentábamos Su milagrosa provisión. De una forma inesperada recibíamos lo que necesitábamos desde varios lugares, aunque desde un punto de vista humano era casi imposible. De esta forma podíamos experimentar el amor que el Padre celestial sentía por nosotros. ¡Qué relación más profunda y feliz teníamos con Él! ¡Y qué cercano estaba de nosotros! En cada momento que recibíamos Su ayuda, en cada muestra de Su amor, nos embargaba un gozo como nunca habíamos conocido antes. ¡Muy a menudo deseamos que aquellos días pudieran volver!”

Sí, es verdad. El convierte al pobre en rico. Su corazón se conmueve por ellos. Nosotras también experimentamos esto en nuestra Hermandad, fundada al poco tiempo del final de la Segunda Guerra Mundial. En aquellos días el alimento era muy escaso, y cuando las hermanas vinieron para integrarse en la comunidad, ninguna de ellas pudo traer consigo sus cien kilos de papas que habían sido racionadas para cada persona durante el invierno. ¿De qué íbamos a vivir?.

Las papas eran nuestro alimento básico y... ¡Sólo había suficiente para dos personas! Además, nos faltaban otros alimentos, dinero y ropa. Pero ahí fue donde justamente pudimos experimentar un milagro tras otro. Como cuando Dios multiplicó nuestras papas después de que la hermana de la cocina y yo oramos cada noche en el sótano donde estaban almacenadas las pocas que teníamos, para que las bendijera. Tuvimos suficientes para comer durante todo el año, aunque había siete hermanas más y algunos invitados. También sucedió que los utensilios que necesitábamos incluyendo una escoba, por la cual oramos y que en aquellos días escaseaban muchísimo, de repente un día llegaron. ¡Qué alegría hubo cuando llegó un paquete con una escoba! La persona que la donaba añadió una nota que decía que el Señor había puesto en su corazón que nos la enviara.

Podría seguir contando mucho más y llenar muchas páginas. ¡Sí! Desde el comienzo de nuestra Hermandad en 1947 hemos visto que Dios mantiene Su palabra. Si buscamos primero el Reino de Dios, es decir, si vivimos para eso, encomendando nuestros esfuerzos y cada ofrenda a lograr la extensión de Su Reino; si vivimos de acuerdo a sus mandamientos y en una actitud de contrición y arrepentimiento, así todo lo que necesitemos nos será añadido (ver Mateo 6:33). Viviendo por fe, no recibimos ingresos regulares, ni cobrábamos nada por nuestros servicios.

Éramos pobres. ¿De qué íbamos a vivir al principio? En aquella época no teníamos un buen círculo de amigos, pero, aun así, todas nuestras necesidades fueron cubiertas. Siempre hemos tenido alimentos para la mesa*, y hasta el día de hoy vivimos de la provisión diaria y milagrosa de Dios, experimentando la realidad de las palabras de Jesús: ante los ojos de Dios valemos más que los lirios del campo, a los que El viste con tanta hermosura.

Ahora somos aproximadamente 200 hermanas. Los donativos que recibimos de nuestro círculo de amigos se usan exclusivamente para el trabajo en el Reino de Dios, y aun así, todavía nada nos falta en la mesa y tenemos todo lo que necesitamos para vivir.

No obstante, en el camino de la pobreza descubrimos cada día de nuevo que, si nos falta algo, nuestras necesidades no se cubren automáticamente respondiendo a nuestra oración. Como he mencionado en un capítulo anterior, nuestras oraciones tienen poder ante Dios y Su promesa continúa siendo válida si quitamos todos los obstáculos de la oración, tales como cualquier clase de tensión o falta de reconciliación, amargura en nuestro corazón o donde no hemos tomado lo suficientemente en serio los mandamientos de Dios. Esto significa confesar nuestros pecados en contrición, y pedir perdón a Jesús y a nuestro prójimo, y enmendar nuestra conducta.

* Para leer más sobre el tema, leer Realidades – milagros de Dios hoy, por Basilea Schlink

De acuerdo con la Sagrada Escritura, ésta es la condición para recibir respuesta a nuestras oraciones, y sólo bajo esta condición podemos experimentar de nuevo que Dios oye las peticiones de los pobres, como dice en Su Palabra: “Pues él salvará al pobre que suplica y al necesitado que no tiene quien le ayude” (Salmo 72:12).

Así que ser pobre puede también constituir causa de alegría, porque la pobreza contiene un maravilloso tesoro como cualquier otro sufrimiento que soportemos con Jesús: una abundancia de gozo y gloria. Y si en nuestra pobreza estamos dispuestos a compartir con el necesitado lo poco que tenemos, Dios mantendrá Su palabra: “Den a otros, y Dios les dará a ustedes” (Lucas 6:38). Aquellos que son pobres porque voluntariamente dan de lo que tienen, serán los más ricos de todos, porque Dios les devolverá abundantemente. Una misionera que fue secuestrada por la guerrilla y pasó muchas semanas arrastrándose entre los matorrales nos contó que cuando uno de los guardias le dijo que le diera a él su medicina, ella se la dio con dolor de corazón, porque significaba mucho para ella; sin ella nunca podría soportar el esfuerzo de aquellas agotadoras semanas. En ese momento Dios hizo un milagro, y sucedió completamente lo opuesto de lo que se esperaba que sucediera: Su salud fue mejor que cuando tenía su medicina.

Situaciones parecidas debemos también experimentar en tiempos de escasez.

Una crisis económica mundial nos puede llevar rápidamente a tiempos de hambre. Si en ese momento damos nuestro último trozo de pan, Dios nos hará ricos en nuestra pobreza, nos fortalecerá y sustentará, porque Su presencia lo transforma todo, sobrepasando las mismas leyes de la naturaleza.

Así que no tengamos temor a las épocas de privación y de hambre. Más bien temamos a Dios, no tomando a la ligera el pecado, sino siguiendo Sus caminos. Vivamos de acuerdo con Sus mandamientos y para la extensión de Su Reino, y demos de lo que tenemos con alegría. De esa forma, como el pobre y el necesitado seremos los más ricos de todos por medio de Él y en Él.



13

TEMOR A LA MUERTE

A menudo se oye decir: “El diagnóstico es cáncer. Probablemente este paciente no vivirá mucho tiempo.” O, has alcanzado una edad en que sabes que la muerte puede estar más cercana. En las calles, la muerte cobra vidas todos los días. ¿Quién sabe si su próximo viaje en un vehículo será el último que haga? La violencia, las revueltas, la guerra, y catástrofes naturales hacen insegura la vida. La muerte está acechando por doquier, y te encuentras afligido por temor a ella.

El temor a la muerte constituye un tipo especial de miedo, en realidad, el más grande de todos. Jesús sabía lo que implicaba la muerte. Después de la muerte de Lázaro, Él se acercó a las entristecidas hermanas, profundamente conmovido y turbado. Y al dirigirse a la tumba, Jesús lloró (Juan 11:33-38). En el huerto de Getsemaní, Él personalmente luchaba contra la muerte, es decir, contra el príncipe de la muerte. Él derramó lágrimas y sudó gotas de sangre, Su rostro reflejaba el horror que sentía.

Con razón, nuestros antepasados escribían en sus libros de contabilidad las palabras “Memento mori”, lo que quiere decir “Recuerda que tienes que morir”. La muerte es el acontecimiento más decisivo de nuestra vida, porque ésta llega a su fin. ¿Por qué tememos a la muerte? No es simplemente el hecho de que nos arranque de esta vida, sino el temor y la

incertidumbre de lo que viene después. “¿Dónde me despertaré? ¿Qué me espera al otro lado?”

Nunca olvidaré la partida de nuestra hermana Claudia. Con apenas 35 años, rebosante de vida, nunca enferma, con un contagioso gozo y un amor ferviente por Jesús, de repente fue aquejada de una enfermedad grave durante su servicio en Italia. Volvió a la Casa Matriz y la enviamos a una clínica especializada. Pocos días después nos dijeron los médicos que ya no podían hacer nada más por ella. Sus días ya estaban contados. Con corazones angustiados tuvimos que darle la noticia, pero... ¿qué pasó cuando entramos en su cuarto? Nos recibió con una radiante sonrisa, que no parecía de este mundo. El Señor Jesús había venido a visitarla, haciendo reposar sobre ella el brillo del cielo. Una insinuación del doctor le había confirmado lo que el Señor le mostró durante su viaje de vuelta de Roma. Escribió en su diario: El avión volaba en dirección al sol. De repente me pareció como si el Señor estuviera preguntándome: “¿Y si esta enfermedad te lleva a la muerte?” ¡Oh, Jesús, en este momento llenaste mi corazón con un anhelo tan infinito que apenas puedo contener el gozo de que pronto, muy pronto te veré; ¡muy pronto te abrazaré! ¿Será este viaje a casa un viaje que me lleve a los brazos de mi Señor?

Enfrentar la muerte, como también pasar por el valle oscuro de la muerte, se puede transformar en gozo eterno y gloria.

Pero, ¿para quién? No para todos. No importa quiénes somos, Satanás tendrá derechos sobre nosotros si criticamos, y vivimos en disputas, resentimientos y sin reconciliación, o dando lugar al odio en nuestro corazón. La Biblia advierte que nadie que persiste en tales cosas entrará en el Reino de Dios (Gálatas 5:19-21).

Cosecharemos de acuerdo a las semillas que hemos sembrado en esta vida. Al morir entramos en otro mundo y comparecemos ante Él, el Juez de los vivos y de los muertos. Pablo se dirigía a los creyentes cuando escribió: “Porque todos tenemos que presentarnos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o lo malo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo” (2 Corintios 5:10). La muerte nos llevará inevitablemente a un lugar donde tendremos que rendir cuentas de toda nuestra vida – por nuestros pensamientos, palabras, obras y acciones.

De cara a la muerte no podemos esconder nada. Estamos completamente en las manos de Dios. Por esto muchos temen a la muerte. Nadie puede atravesar, en lugar nuestro, el valle de la muerte.

Descartar simplemente el pensamiento de la muerte no es la forma de vencer tu miedo. Lo único que puede ayudarte es prepararte para la muerte. Recuerda que al acercarse tu hora final, se decidirá tu destino. Por eso es importante pedir a Dios Su luz, para que puedas reconocer tus pecados. Él es misericordioso

con los que se arrepienten y les permite entrar en Su Reino. Tu temor a la muerte desaparecerá cuando hayas confesado tus pecados y hayas recibido Su perdón. Así tendrás paz, una gran paz en este momento y, también, cuando atraveses el momento de tu muerte.

Jesús venció el poder de la muerte y, si creemos en Él, experimentaremos Su victoria y la gracia que Él ha ganado para nosotros. Escucha la voz de Jesús que te está llamando. Y búscalo. Mientras estás en la tierra, vuélvete a Él con arrepentimiento, recibe Su perdón, y dale gracias porque murió por ti. Entonces Satanás perderá todo derecho sobre ti. Cuando mueras, no serás condenado, sino perdonado. La sangre de Jesús cubrirá tu culpa, y las puertas del paraíso se abrirán para ti, tal como aconteció al malhechor en la cruz, que se arrepintió y reconoció su culpa. Tendrás el privilegio de entrar en la morada celestial que Jesús ha preparado para nosotros (Juan 14:2).

Elige seguir el camino de Jesús, ámale sobre todas las cosas, y amando a tu prójimo, pues el amor a Jesús siempre incluye el amar a los demás. Entonces la muerte no solo perderá su terror, sino que sucederá algo maravilloso, que muchos han experimentado. Cuanto más cerca de la muerte estaban, tanto más cerca estaba el cielo. Se encontraban sumergidos en torrentes de gozo y felicidad y se llenaron de un sólo anhelo: Voy a estar con Jesús, Aquel a quien tanto amo.

La muerte es la puerta al Reino de gloria, a la plenitud de la vida divina, para los que por amor a Jesús, siguieron la senda de la humildad, obediencia, y reconciliación, rindiendo su voluntad y confiando siempre en Él. Podemos decir: “Para mí, el vivir es Cristo”, entonces el morir será ganancia (Filipenses 1:21). La vida divina no puede morir. Se manifestará en toda su plenitud cuando vayamos al Señor y le veamos cara a cara, por toda la eternidad, a Aquel a quien amamos sobre todas las cosas.

El temor a la muerte puede transformarse en gozo y bendición del cielo. ¡Qué Dios más maravilloso tenemos! ¡Qué grandes milagros puede obrar, transformando el sufrimiento más profundo en el gozo más supremo! La muerte nos lleva al hogar celestial con Dios y a Su Reino de felicidad eterna.



14

TRATO INJUSTO

Te preguntas: “¿Qué voy a hacer? ¡Ya no puedo soportar más que se aprovechan de mí! Esperan siempre que sea yo quien trabaje mientras ellos se ponen cómodos, sintiéndose a sus anchas. Me dejan todas las tareas desagradables. No les importa nada si gasto mi tiempo, esfuerzos, energías...La vida en mi trabajo y mi familia se ha convertido en una verdadera carga para mí”. No quieres que otros se aprovechen de ti. Además, todo esto va contra de tu sentido de la justicia.

Sí, el tratamiento injusto puede ser también una forma de sufrimiento. A menudo daña nuestra carrera, y puede acarrear pérdida de dinero y de bienes, pero sobre todo, está el gran peligro de dejar que el resentimiento y la amargura entre en nuestro corazón. Quizás nos ha costado muchos dolores y sinsabores crear un pequeño negocio para que después venga alguien pidiendo prestada una suma de dinero que nunca devolverá. Incluso puede que se enfade con nosotros y que nos difame, y así tendremos que sufrir el doble. No es fácil ver cómo el dinero que hemos ganado con mucho esfuerzo lo malgastan los demás.

¿Cómo vamos a soportar este sufrimiento? Una vez experimenté a pequeña escala que alguien se aprovecho de mi. Más tarde tuve que experimentarlo en mayor escala, aún dentro del ambiente cristiano.

Mi primer encuentro con esta situación fue hace aproximadamente 35 años. En nuestra Hermandad acabábamos de publicar nuestros primeros libritos conteniendo el mensaje que Dios nos había confiado. Fue una gran aventura de fe reunir los fondos necesarios para pagar el costo de impresión, en esos días de terrible pobreza, y estábamos llenas de gratitud cuando podíamos pagar las facturas. En una pequeña sala que servía de exposición de las tarjetas que se escribían a mano y de otros artículos artísticos que hacíamos en nuestro taller, expusimos también los libritos. Y... ¿Qué sucedió?

Un día nos visitó un vendedor itinerante cristiano que iba por los pueblos, de casa en casa, ofreciendo literatura cristiana. En nuestra sala de exposición su compañero le explicó: “Puedes tomar lo que quieras. Todo es gratis”. Entonces este hombre llenó su maleta con nuestra literatura y se marchó sin dejar ni una sola moneda en la caja de las ofrendas. Nuestra literatura y productos no tenían un precio fijo, porque, como un ministerio de fe, dejamos que las personas contribuyan voluntariamente con un donativo. Aprovechándose de esta oportunidad, este hombre fue y vendió los libros. Quedé perturbada por esto, y pude sentir el disgusto acumulándose en mi corazón por la forma en que nos había tratado y los métodos que usaba para desarrollar su ministerio de literatura.

Pero entonces comprendí que el mismo Dios nos había mandado a ese hombre. Él era el instrumento que Dios usaría para trabajar en mí. Este incidente me tomó de sorpresa y, al principio, no confíe en Dios lo suficiente. Ahora yo debía aprender a confiar y a contar con la ayuda de Dios que podremos experimentar sólo si seguimos a Jesús en el camino del Cordero. Durante los años siguientes vivimos situaciones más difíciles, y lo que implicaba seguir el camino del Cordero se hizo cada vez más claro para mí. Como un cordero, Jesús soportó injusticias aquí en la tierra, aunque era el Hijo de Dios. Él rindió sus derechos a Dios el Padre, quien juzga con justicia y quien en Su tiempo perfecto haría justicia para Su Hijo (ver Salmo 9:4). Andar el camino del Cordero para nosotros significa que en vez de reclamar nuestros derechos en nuestro interior y enfadarnos con la persona que se aprovecha de nosotros y nos hace algún mal, aceptemos con paciencia este sufrimiento de la mano de Dios, encomendándonos y confiando que Él nos cuidará y luchará por nosotros.

Ir por el camino del Cordero no quiere decir que siempre deberíamos tolerar todo. Puede haber situaciones en que estemos obligados a ayudar a nuestro prójimo a ver dónde él erró. Pero esto debe ser hecho con un espíritu humilde, amable y dispuesto a perdonar. El camino del Cordero significa amar, bendecir, y hacer el bien a la persona que injustamente se ha aprovechado de nosotros.

Así Dios también nos bendecirá y nos ayudará. Al seguir este camino del Cordero, aprendí cada día más a soportar silenciosamente las injusticias y a bendecir, a aquellos que alguna vez se aprovecharon de nosotras. Así creció en mi la confianza en que Dios compensaría abundantemente todo el daño hecho.

Este camino llegó a ser muy precioso para mí. No porque ya no tenía que luchar más por mis derechos, sino porque había descubierto que detrás de todo aquello Dios había trazado un maravilloso plan para que yo me acercara más a Él, pues en el camino del Cordero yo estaba profundamente unida a Él. Y esto no era todo. Cada vez que los demás hacían algo malo contra mí y se aprovechaban de mí, le daba al Padre celestial la oportunidad de cuidarme y de demostrarme en Su momento, Su poder y Su ayuda.

Continuamente todo esto iba a experimentar durante la historia de nuestra Hermandad. Pues en la medida en que entregábamos nuestros derechos y humanamente hablando, poníamos en peligro la continuación de nuestro ministerio, en esa misma medida el Señor ha intervenido a nuestro favor y suplido todas nuestras necesidades si pedir una ayuda financiera. En nuestro centro de retiros, en nuestras exposiciones de literatura, en cualquiera de los servicios, se dejaba enteramente a disposición de las personas la cantidad con la que ellos deseaban contribuir. Por supuesto que esto traía el riesgo, que algunos quisieran aprovecharse de nosotras. No obstante, nunca nos ha faltado

nada y hasta la fecha hemos podido llevar a cabo nuestro ministerio mundial sin tener jamás una deuda. Un profesor de matemáticas lo llamó en una ocasión “las matemáticas celestiales”.

¿Estamos dispuestos a permitir que otros a veces se aprovechen de nosotros? Dios nuestro Padre está esperando que estemos dispuestos, porque así podrá enriquecer nuestras vidas, sobre todo espiritualmente, atrayéndonos hacia sí en la medida en que aprendamos a confiar en Él. Así experimentaremos qué bendición más grande es ser un hijo de Dios. En vez de tener que depender de los demás, podemos decírselo todo y recibir de Él todo lo que necesitemos. Y si El permite que suframos injusticias, es porque Èl quiere moldearnos a la imagen del Cordero. Así nos acercaremos más a nuestro Señor Jesús, haciéndonos uno con Èl, nuestro paciente y sufrido Señor, quien soportó tantas injusticias. Y así ríos de bendiciones fluirán de este sufrimiento. No es reclamando nuestros derechos, sino cuando seguimos este camino, que tal bendición e íntima comunión con Jesús será nuestra. El camino del Cordero que nos une con Jesús y que alimenta una relación infantil de confianza con el Padre celestial, nos dirige a la Ciudad de Dios, donde estaremos con Èl por siempre. Así que... ¿qué es lo que nos trae este sufrimiento? Nos trae gozo y felicidad para toda la eternidad. ¡Créelo!

15

SOPORTANDO EL ODIO Y LA CALUMNIA

Todo aquel que ha sido odiado o calumniado por una persona o por un grupo, y cuyo nombre fue arrastrado por el lodo, sabe cuáles son las heridas que esto inflige en el alma. Se dice que el odio mata. Sí, el odio es un asesinato psicológico. La calumnia y las mentiras tienen un efecto devastador en una persona, hasta agotarlo y enfermarlo. Pueden dañar muchas cosas en su vida, su prestigio, su reputación y su carrera.

El origen del odio es muchas veces, la envidia o los celos. Si una persona está llena de odio hacia alguien, no le importa si sus palabras son injurias o calumnias. Nada podrá convencerle de su error. Al contrario, cuando es confrontado con la verdad, su odio incluso crecerá.

Puede que nos preguntemos cómo vamos a soportar todo esto. Seguramente es uno de los sufrimiento más grande el estar expuesto al odio, la calumnia, la vergüenza y a la deshonra, aun cuando sea por causa de Jesús. Hay personas que son capaces de soportar con valentía muchas clases de sufrimiento, pero cuando la calumnia llega a sus vidas se sienten incapaces de tolerarla. Aun así, Jesús pronunció la más larga de las bienaventuranzas sobre aquellos cuyos nombres son despreciados y ultrajados sobre todo, de quienes se dicen mentiras por

causa de Jesús. Él nos llama, cuando nos dice: “Alégrense mucho, llénense de gozo en ese día, porque ustedes recibirán un gran premio en el cielo” (ver Lucas 6:22 ss.; Mateo 5:11ss.)

Pero... ¿cómo puede ser esto causa de alegría? Normalmente nuestro corazón se hiere profundamente cuando experimentamos, odio y deshonra. O bien nos resignamos, o nos amargamos; la rebelión o incluso el odio sube dentro de nosotros cuando pensamos en la persona que nos ha herido y nos ha hecho mal. Como las mentiras van en contra de nuestro sentido de la justicia, surge la indignación. Incluso por las noches puede que no tengamos paz porque estamos llenos de pensamientos y acusaciones amargas. Y fácilmente también pasamos a rebelarnos contra Dios, quejándonos de Él, al decirle: “¿Por qué envías esta deshonra a mi vida? ¿Por qué permites que mi reputación se venga al suelo? ¿Por qué tengo que sufrir tanto odio?” Pensamos que esta herida en nuestro corazón jamás se sanará; es demasiado profunda.

Por experiencia personal sé cómo queman las heridas de la calumnia. Esto comenzó hace años cuando brotó un avivamiento en nuestro trabajo con la juventud, lo que más tarde nos llevó a fundar nuestra Hermandad. Con el tiempo se estableció nuestra pequeña Tierra de Canaán ganando reconocimiento, siendo un centro espiritual para visitantes de todas partes del mundo.

Muchas personas se volvieron envidiosas, y la calumnia y odio fueron creciendo en nuestra contra. No sólo recibí cartas llenas de mentiras y acusaciones que me atribuían cosas malas, sino que algunos personas comenzaron una verdadera campaña contra la Hermandad y particularmente contra mí. Enviaron cartas a muchas organizaciones cristianas, queriendo ponerles en guardia contra nosotras e incluso amenazándolos con tomar medidas en contra de ellas si se mantenían en contacto con nosotras y publicaban mi literatura. Se les obligó a quemar mi literatura, y en muchos casos estas instrucciones fueron obedecidas. En reuniones públicas e incluso en grabaciones se emitieron advertencias contra mí, extendiendo así la calumnia por todo el país.

Nuestros adversarios llegaron a decir que tanto yo como nuestra organización éramos demoníacos porque habíamos recibido los dones del Espíritu, llevábamos una vida de arrepentimiento y de oración y porque confiábamos en Dios para suplir todas nuestras necesidades. Esto estaba descrito como algo contrario a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. En numerosas publicaciones se nos difamaba y calumniaba. Estas publicaciones se divulgaron en círculos y comités cristianos e incluso llegaron a centros misioneros en el extranjero. Y a menudo fueron aceptadas como verdaderas, porque se consideraba que era imposible que cristianos pudieran mentir.

Cuando se tiene una herida tan profunda, ¿cómo se puede soportar el dolor? ¿Cómo se puede vencer?

Dios me mostró un camino. Primero me ayudó a entender que fundamentalmente todo esto no procedía de las personas sino de Él. Aprendí tanto la necesidad como el privilegio de decir: “¡Es el Señor!”

Haga lo que haga Dios, siempre procede de Su amoroso corazón y está de acuerdo con un plan eterno, amoroso y sabio que nos traerá un bienestar y bendición. Un tesoro yace escondido en este sufrimiento, que está destinado a hacernos más como Jesús. Si creemos esto, la paz y la serenidad entrarán en nuestro corazón. Y de esa forma yo pude repetir una y otra vez: “Sí, Padre, viene de tus manos y por tanto lo acepto”.

Jesús mismo anduvo por este camino. Él fue deshonrado, burlado, calumniado, asediado de falsas acusaciones y finalmente clavado en una cruz como si fuera un criminal -a Él, el único puro y santo-. Y yo era su discípula; yo le pertenecía. Pues ahora tenía el privilegio de permanecer a su lado de verdad y experimentar, en alguna medida, la participación de sus sufrimientos -una gracia especial-. Jesús decía: “Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán...” (Juan 15:20). Esto quería decir que yo estaba en el camino correcto como discípula de Jesús, porque también está escrito: “Ningún discípulo es más que su maestro, y ningún criado es más que su amo. El discípulo debe conformarse con llegar a ser como su maestro, y el criado como su amo. Si al jefe de la casa lo llaman Beelzebú, ¿qué dirán de los de su familia?” (Mateo 10:24 ss).

Ahora estaba mas unida a Jesús. Ahora tenía el privilegio de aplicar a mi vida el versículo bíblico: “Dichosos ustedes, si alguien los insulta por causa de Cristo, porque el glorioso Espíritu de Dios está continuamente sobre ustedes” (1 Pedro 4:14) ¡Qué precioso don es ése! Mi corazón fue confortado, y me consagré de nuevo a mi deshonrado y blasfemado Señor, con el profundo deseo de compartir su camino.

El Señor también me mostró que este camino de deshonra formaba parte de su plan para refinarme. Quería liberarme de aquellas reacciones típicas del ser humano: defender nuestros derechos en vez de mostrar un amor misericordioso hacia mis enemigos. Por medio de este camino correctivo Dios quería obrar en mí a fin de que se pudiera encontrar en mi vida cada vez más su amor misericordioso. Tenía un propósito maravilloso y santo permitir que mis adversarios me hirieran. De esas heridas debía fluir amor misericordioso. Jesús nos redimió para este fin cuando colgaba de la cruz calumniado, odiado y lleno de sufrimiento. De su herido corazón no salió otra cosa que no fuera amor perdonador y misericordioso.

Esto es lo que Jesús quería lograr en mí, y quiere hacer lo mismo contigo cuando te guía por situaciones en que experimentas deshonra y sufres injusticias.

Él quiere despertar en nosotros lo más hermoso de todo: un amor misericordioso hacia nuestros enemigos, aquellos que no solamente

nos hieren sino que quizás incluso nos odian y calumnian. De nuestras heridas deberían brotar amor y perdón en vez de amargura.

Yo era incapaz de producir ese amor para mis adversarios con mis propias fuerzas, ya que aún estaba preocupada por mi justificación cuando pensaba en aquellos que me habían hecho daño, a pesar de que lo soporté todo en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra en mi defensa. Pero Jesús, el Cordero de Dios, fue por el camino del Cordero por nosotros. Fue crucificado como un cordero y realizó su acto de salvación, para que de sus heridas brotara salvación y redención. Su sangre santa tiene el poder redentor de transformarnos en personas con un corazón de amor y misericordia. Por tanto, siempre reclamé para mí la sangre del Cordero, que Él hiciera de mí un pequeño cordero y que yo pudiera aprender no sólo a soportar la injusticia, sino a amar con todo mi corazón. Jesús oyó mi oración, y con el paso del tiempo me concedió un amor cada vez más misericordioso por mis adversarios.

Cualquiera que desee fervientemente, como yo lo experimenté, amar a sus enemigos con un amor misericordioso puede clamar por la sangre de Jesús. El acto de salvación de Jesús es válido; hemos sido redimidos para poder amar. La redención de Jesús tendrá su efecto en nuestras vidas, si admitimos humildemente nuestra falla al haber abandonado el mandamiento de Jesús de amar a nuestros enemigos, y si ahora estamos dispuestos a sufrir sus ataques. Entonces, en el poder de su redención,

consideraremos un privilegio el hecho de amar a nuestros enemigos. Pude experimentar que una paz cada vez más profunda llenaba mi corazón durante el proceso, y también probé el gozo que Jesús describe en el Sermón del Monte.

El gozo que Él nos da comienza, incluso mientras estamos sufriendo y este gozo dirige nuestra mirada hacia el cielo. Allí ya no tendremos más enemigos. Nunca más seremos odiados, perseguidos, deshonrados y calumniados. Jamás se esparcirán mentiras acerca de nosotros, sino más bien tendremos fraternidad con aquellos que aman, y habitaremos con el Señor Jesús, el Amor Eterno. Este pensamiento era, y todavía es, un gran consuelo para mí. Podemos anticipar con alegría el día en que iremos al hogar celestial con nuestro Señor. En el cielo se darán coronas a aquellos que vencieron aquí en la tierra y que respondieron al odio con amor. Fiel a Su palabra, Jesús otorgará abundancia de alegría y gloria en su reino para toda la eternidad a aquellos que sufrieron odio y calumnias sin causa y por amor a su nombre.

Sí, los sufrimientos del presente son pasajeros, también son la deshonra, el odio, la degradación, la calumnia y todo lo que tenemos que soportar aquí. Por el contrario, lo que encontraremos en la eternidad es duradero. Y en la eternidad, como dicen las Sagradas Escrituras, todos aquellos que fueron humillados, odiados y calumniados aquí en la tierra serán altamente honrados.

Pero incluso en esta vida nos esperan bendiciones incontables. En medio del odio y la calumnia podemos aprender a amar a nuestros enemigos. ¡Verdaderamente, en ninguna parte florece tan bien este amor, como en este terreno! El hecho de poder amar enriquece nuestra vida y nos hace mucho más felices de que si nunca hubiéramos experimentado el odio de otros.

Tener que enfrentar el odio y la calumnia es una forma de sufrimiento bastante severa. Pero por esta misma razón una bendición especial yace escondida en ella. ¡Créelo! La deshonra nos hará más pequeños y humildes. Y... ¿no es eso lo que deseamos? ¿No anhelamos llegar a ser como Jesús, para que así un día podamos contemplarlo cara a cara? Cuando estemos siendo destrozados por los dardos del odio y la calumnia, sometámonos al Señor nuevamente con un “¡Sí!” y declaremos: “Ay, Señor Jesús, ayúdame a soportar este sufrimiento, porque quiero participar de tu camino. Esta deshonra es humillante, pero me está haciendo más humilde.” El sufrimiento perderá su aguijón cuando hagamos un acto de entrega como éste. Fue como si Jesús estuviera diciéndome: “Humíllate cada vez más profundamente. Así mi gracia descenderá sobre ti, y estarás más cerca de mí, tu humillado Señor, quien eligió seguir este camino de incalculable oprobio, deshonra y vergüenza.” Y... ¿qué mayor gozo podremos tener que el de estar cerca de Él?

APÉNDICE

Mis hijas espirituales me pidieron que terminara este libro con una carta personal y que ellas han encontrado ser de mucha ayuda:

Abril de 1983

Mis queridas hijas:

Para el tiempo venidero, cuando pueda ser que algunas de ustedes tengan que pasar por horas oscuras de conflictos internos, necesidades, dificultades, y tal vez sufrimientos aún mayores, yo quisiera saludarles con algunas pautas, que espero les puedan servir de ayuda. Estas tres frases han llegado a ser un firme apoyo, con las cuales he podido pasar el “valle de lágrimas” aquí en la tierra. La primera proviene de un antiguo himno de la Iglesia:

Nada me puede pasar fuera de lo que Dios ha escogido y que es bueno para mí.

Pablo Fleming 1609-1640

Las otras dos son palabras de la Biblia:

¡Es el Señor! Juan 21:7 y,

Él tiene planes admirables, y los lleva a cabo con gran sabiduría Isaías 28:29.

Estas tres frases obran maravillas. Las he experimentado en mi vida y he visto cómo han cambiado todo. Son parte de mí. Vienen inme-

diatamente a mi corazón cuando la pena o el sufrimiento llegan a mi vida, cuando escucho malas noticias, o cuando cargas o problemas no resueltos me agobian grandemente.

La frase ***“Nada me puede pasar fuera de lo que Dios ha escogido y que es bueno para mí”*** trae consigo una influencia maravillosa, porque nos hace preguntar: “¿Quién es el que tiene el control de lo que me sucede?”. Sí, ¿quién? Es nuestro Padre Celestial, nuestro querido y amado Padre. No es un dictador que dirige arbitrariamente mi vida. Al contrario, es mi Padre que planea, con infinito amor, todo lo que me sucederá. Esto significa que Él piensa en todo lo que acontece en mi vida día a día, también en las dificultades, cualesquiera que fuesen, cómo y a través de quién me llegaron. Él ha planeado exactamente lo que es bueno y saludable para mí. Todo lo que me sucede lo ha concebido en su corazón amoroso. Sí, hay un amoroso propósito detrás de todo ello.

Esta certeza puede aliviar nuestras aflicciones y tranquilizar nuestras mentes, pues cuando una persona me lastima o me hace sufrir, cuando mi familia se enfrenta con problemas o caigo enfermo, cuando mis planes y esperanzas se frustran o soy arrastrado por las pruebas y tentaciones, ¿no es maravilloso saber que en última instancia no son una persona, ni las circunstancias, ni una serie de eventos los responsables? ¡No! Todo lo que me acontece viene de las manos de mi Padre Celestial, quien me ama.

La segunda frase, “*¡Es el Señor!*” me dice: cuando sufrimientos, dificultades y pruebas no esperadas entran en mi vida, en realidad es el Señor que está llamando a mi puerta, mi Señor Jesús. Él me ama y quiere venir a mí a través de mis necesidades. Y si te encuentras en una necesidad ahora, Él hará lo mismo por ti. ¿Todavía no lo ves? ¿No lo reconoces? ¿te sientes desanimado como los discípulos, en el Mar de Galilea, después de la resurrección de Jesús? Ellos estaban en una situación muy difícil. El Señor Jesús no andaba más con ellos. Por su causa habían dejado sus profesiones y todo lo demás para seguirle y ahora se encontraban sin sustento. Llegó hasta el punto en que no tenían nada que comer. La única esperanza era tener una buena pesca, y eso tampoco sucedió. Todo parecía como si Dios estuviera en contra de ellos, porque no recibieron ayuda. ¿Por qué El Señor les permitió experimentar esta situación difícil? ¡Solamente para que tuvieran un encuentro con Él!

Pero, ¿quién fue el que se dio cuenta de que era el Señor quien les preguntó: “Muchachos, ¿no han pescado nada?” (Juan 21:5)? Fue Juan, porque verdaderamente amaba a Jesús. Conocía la forma de ser de Él. Tales palabras amorosas solamente podían venir de los labios de nuestro Señor Jesucristo. Les llama “muchachos”, de una forma hasta más tierna que cuando andaba con ellos por tres años. Ahora les pregunta si tienen algo para comer. Aunque ya no tiene un cuerpo terrenal, nuestro Señor resucitado se preocupa por saber cómo están

sus discípulos y si no les falta nada. Este es el momento cuando Él se les acerca, pero aparte de Juan, los discípulos fracasaron en reconocer al Señor; no percibieron Su amor... y, eso también nos puede pasar a nosotros.

Oh, que el Señor pueda abrir nuestros ojos para ver Su amor, para que podamos decir en medio de nuestras necesidades: “¡Es el Señor! Cuando estoy en necesidad, su amor le hace acercarse a mí”. Es como si el Señor preguntara: “Mi hijo, ¿te falta alguna cosa? Yo, el Señor, estoy a tu lado y dispuesto a ayudarte. Y verás que tus necesidades se transformarán en una maravillosa experiencia porque vengo a ti en medio de tus necesidades. Confía en Mí. No fijas más tus ojos en las personas ni en las circunstancias, sino fíjalos en Mí. Yo, quiero que me veas, sí, que me recibas y me muestres tu amor. Piensa en esto cuando surjan los problemas: que Yo me acerco para ayudarte. Cuando empezaron tus problemas, Yo estaba en camino, y ahora estoy presente... solamente tú no me ves. Ahora déjame abrir tus ojos: Yo, el Señor, soy quien viene a ti, en esta necesidad o en la persona que te causa dificultades.”

En aquel entonces, la expresión de Juan, “¡Es el Señor!”, transformó todo. De la misma manera he experimentado desde hace años la transformación de mis necesidades cuando cito esta frase. Entonces soy consolada y mi corazón se llena de paz y confianza.

La otra fuente de la cual siempre he recibido ayuda, es el saber que mis dificultades es-

tán relacionadas con un propósito muy maravilloso de Dios. ***“Él tiene planes admirables, y los lleva a cabo con gran sabiduría.”*** De acuerdo con su consejo divino, Él me está guiando a una meta gloriosa, a través de mis problemas. Sí, su consejo es maravilloso.

En tiempos de profundo sufrimiento he visto que esto es verdad. Qué gran consuelo es saber que, detrás de cada sufrimiento que me llega, hay un propósito de Dios que proviene de su corazón, el Eterno Amor.

El sufrimiento trae en sí un gran tesoro (que he aprendido a reconocer con el tiempo). Pues, sus pensamientos son más grandes que los míos. Mirando retrospectivamente a lo largo de mi vida, sólo puedo adorar al Señor diciendo: “Sí, a través de estas situaciones dolorosas, Tú me guiaste todo a una meta maravillosa, lo cual me llena de admiración y asombro. Donde destruiste, creaste algo nuevo de las ruinas”. Sus correcciones fueron disciplinas de amor; con las cuales el Señor me quería purificar y preparar para el cielo.

De acuerdo con sus divinos consejos, situaciones complicadas se arreglaron de una manera maravillosa, encontrándose soluciones a grandes problemas y dificultades, a veces después de años,

Al haber experimentado esto tantas veces, puedo estar en paz cuando estoy enfrentando nuevas aflicciones y problemas sin solución. Resuena triunfalmente en mi corazón la certeza: “Tus planes amorosos están detrás de todo

esto y en esta dificultad también me estás guiando a una meta gloriosa.”

En medio de tales situaciones es como si yo estuviera en un barco que se llama: “Planes y propósitos de Dios”. El Señor Jesús mismo es el piloto, y guía el barco sobre las olas. Ellas pueden ponerse furiosas y amenazarnos con hundirnos, pero el Piloto mantiene el barco bajo control y seguro en sus manos. Cuando me siento en el barco de sus planes y propósitos, solamente quiero lo que Él ha planeado para mí, cómo Él quiera dirigirme. Entonces, experimentaré que este barco llegará a las orillas de la “Gloria”. Muchas veces, ya en esta vida, vemos cuán maravillosos son sus planes y propósitos. Pero si no es ahora, entonces más tarde veré a cuál meta gloriosa Él me ha guiado.

Así probémoslo, mis queridas hijas, y así cuando surjan problemas, sean pequeños o grandes, digamos: “Es el Señor”. Y cuando la guía de Dios parezca dura e incomprensible, que nuestra respuesta sea: “Nada me puede pasar fuera de lo que tú has planeado en amor, mi amado Padre, y que es bueno para mí. Y por eso deseo andar por este camino, aunque sea difícil. Pues yo no quiero oponerme a los maravillosos planes que tienes para mi vida. De otra manera yo te impediría guiarme a una gloriosa meta hacia la eternidad”. Por eso encomendémonos siempre en las manos del Padre, diciendo: “Me doy por entero a tus divinos planes y propósitos”. Con esto subamos a este barco que nos llevará sanos y salvos sobre las olas hasta la Ciudad de Dios.

Al ver cómo nuestro Dios, hoy en día, es tan odiado, burlado, blasfemado y sobrecargado de sufrimiento, ¿no es nuestro deseo traerle alegría cuando nos entreguemos sin reservas a su voluntad?

En esta perspectiva, estas frases toman un profundo significado, y si las hacemos propias, descubriremos su potencial. Por tanto, cuando las dificultades, incredulidad, desánimo y hasta desesperación nos quieran oprimir, entonces siempre de nuevo, nuestro Señor Jesús deberá oír de nosotros:

¡Es el Señor!

Eres Tú, mi Señor Jesucristo.

En medio del sufrimiento, adoremos al Padre por su amor:

Esto es todo parte de tu maravilloso plan, Padre mío, y Tú guiarás todo a una meta gloriosa.

A Él queremos dar nuestra confianza y decir:

Nada me puede pasar fuera de lo que Tú has escogido para mí, querido Padre, y lo que es bueno para mí. Te doy gracias. Aquí estoy, soy tu hijo, quien en Ti confía; deseo alegrar tu corazón con mi confianza.

¡Qué gran bendición nos ha dado el Señor con estas palabras, mostrándonos el camino, donde el sufrimiento puede ser transformado en ganancia!

Con cariño y recordándoles a cada una en mis oraciones.

Madre Basilea



*Lo que sufrimos en esta vida
es cosa ligera, que pronto pasa;
pero nos trae como resultado
una gloria eterna mucho más
grande y abundante.*

*Porque no nos fijamos
en lo que se ve,
sino en lo que no se ve,
ya que las cosas que se ve
son pasajeras, pero las
que no se ven son eternas.*

2 Corintios 4.17,18

*Considero que los sufrimientos
del tiempo presente no son nada
si los comparamos con la gloria
que habremos de ver después.*

Romanos 8.18